

¿Pueden los legos ejercer  
el análisis?

Diálogos con un juez imparcial  
(1926)



# Nota introductoria

## *Die Frage der Laienanalyse* *Unterredungen mit einem Unparteiischen*

### *Ediciones en alemán*

- 1926 Leipzig, Viena y Zurich: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 123 págs.  
1928 *GS*, **11**, págs. 307-84.  
1948 *GW*, **14**, págs. 209-86.  
1975 *SA*, «Ergänzungsband» {Volumen complementario}, págs. 271-341.

### «Nachwort zur *Die Frage der Laienanalyse*»

- 1927 *Int. Z. Psychoanal.*, **13**, nº 3, págs. 326-32.  
1928 *GS*, **11**, págs. 385-94.  
1948 *GW*, **14**, págs. 287-96.  
1975 *SA*, «Ergänzungsband» {Volumen complementario}, págs. 342-9.

### *Traducciones en castellano\**

- 1928 *El análisis profano*. *BN* (17 vols.), **12**, págs. 5-90. Traducción de Luis López-Ballesteros.  
1943 Igual título. *EA*, **12**, págs. 7-92. El mismo traductor.  
1948 *Análisis profano (Psicoanálisis y medicina)*. *BN* (2 vols.), **2**, págs. 751-86. El mismo traductor.  
1953 *El análisis profano*. *SR*, **12**, págs. 7-71. El mismo traductor.  
1968 *Análisis profano (Psicoanálisis y medicina)*. *BN* (3 vols.), **2**, págs. 843-78. El mismo traductor.  
1974 Igual título. *BN* (9 vols.), **8**, pág. 2911-53. El mismo traductor.

\* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xi y n. 6.}

- 1955 «Apéndice a la discusión sobre *El análisis profano*». *SR*, **21**, págs. 227-36. Traducción de Ludovico Rosenthal.
- 1968 Igual título. *BN* (3 vols.), **3**, págs. 498-505.
- 1974 Igual título. *BN* (9 vols.), **8**, págs. 2954-9.

Fragmentos del trabajo original, con el título «Psychoanalyse und Kurpfuscherei» {Psicoanálisis y curanderismo}, se incluyeron en el *Almanach* 1927, págs. 47-59, publicado en setiembre de 1926 (más o menos por la misma época en que apareció el libro).

En el primer semestre de 1926 se inició en Viena una causa judicial contra Theodor Reik, miembro prominente de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, que no era médico. Basándose en informaciones de una persona a la que había tratado psicoanalíticamente, se le imputó trasgredir una antigua ley austríaca contra el «curanderismo», que declaraba ilegal el tratamiento de pacientes por alguien que no tuviese el título de médico. Freud intervino al punto enérgicamente. En rigor, ya venía defendiendo la posición de Reik y del análisis ejercido por legos desde 1924. En una carta inédita que escribió a Abraham el 11 de noviembre de ese año le decía: «El fisiólogo Durig, miembro jerárquico del Consejo de Salud y, como tal, dotado de alta autoridad oficial, solicitó mi opinión sobre el análisis ejercido por legos. Se la di por escrito y luego discutí el tema con él, y esto dio lugar a un amplio acuerdo entre ambos». Pese a dicho acuerdo, el Consejo Municipal de Viena prohibió oficialmente a Reik, al parecer, la práctica del psicoanálisis en febrero de 1925.<sup>1</sup>

Freud comenzó a redactar el presente opúsculo a fines de junio de 1926, para su publicación inmediata; fue impreso antes de fines de julio y publicado en setiembre. En parte, quizá, como consecuencia de su intervención, pero también en parte porque las pruebas contra Reik eran insuficientes, el fiscal dio por cerrada la causa luego de una investigación preliminar.<sup>2</sup>

Pero el asunto no paró allí. La publicación del opúsculo de Freud trajo a primer plano las grandes diferencias de opinión existentes dentro de las propias asociaciones psicoana-

<sup>1</sup> Véase la carta de Freud a Julius Tandler del 8 de marzo de 1925 (Freud, 1960a). — Digamos de paso que muy probablemente el fisiólogo Durig le sirvió de modelo para el «juez imparcial».

<sup>2</sup> Cf. el «Epílogo», *infra*, pág. 235.

líticas en cuanto a la admisibilidad del ejercicio del psicoanálisis por personas sin título médico. Era, pues, conveniente ventilar la cuestión, y en 1927 se dio a publicidad una larga serie de ponderadas declaraciones (28 en total) de analistas de varios países en las dos revistas psicoanalíticas oficiales —en alemán, en *Internationale Zeitschrift* (13, partes 1, 2 y 3), y en inglés, en *International Journal* (8, partes 2 y 3)—. El propio Freud puso término a esta serie de pronunciamientos con un «Epílogo» (cf. *infra*, págs. 235 y sigs.) en el que respondió a las argumentaciones de sus opositores y expuso de nuevo sus puntos de vista.

En el tercer volumen de su biografía sobre Freud, Ernest Jones dedicó un capítulo a la detallada reseña de esos puntos de vista (1957, págs. 309 y sigs.). Desde los primeros tiempos, Freud sostuvo firmemente que el psicoanálisis no debía ser considerado como de competencia exclusiva de la profesión médica. La primera publicación en que expresó esta opinión parece ser su introducción al libro de Pfister (Freud, 1913*b*); el 18 de julio de 1926 envió a *Neue Freie Presse* una carta sobre este mismo tema (cf. *infra*, págs. 243-4); y en otra carta citada por Jones (1957, pág. 323), que data de 1938, cuando se aproximaba el fin de su vida, declaró: «No he abjurado nunca de estas opiniones y las sostengo con mayor insistencia aún que antes». Pero es en la presente obra donde discutió más cabal y puntiliosamente el problema.

Aparte de esa cuestión, en estas páginas Freud hizo quizá su más feliz descripción de la teoría y práctica del psicoanálisis, escrita en su estilo más ágil y vivaz. La parte teórica, en especial, posee, con respecto a sus obras de divulgación anteriores, la ventaja de haber sido redactada luego de la gran clarificación de sus concepciones sobre la estructura de la psique en *El yo y el ello* (1923*b*).

James Strachey



## Introducción

El título de este breve escrito no es comprensible sin más. Aclararé, pues: «legos» = «no médicos», y la pregunta es si también a los no médicos debe permitírseles ejercer el análisis. Esta pregunta tiene un condicionamiento tanto temporal como espacial. Temporal, porque hasta ahora nadie se había preocupado por determinar *quién* ejerce el psicoanálisis. Y aun se preocupaban hartó poco, contestes en el deseo de que *nadie* lo ejerciera, y ello con diversos fundamentos en cuya base se encontraba idéntica aversión. Por tanto, la exigencia de que sólo los médicos analicen corresponde a una nueva actitud frente al análisis, más amistosa en apariencia... si puede aventar la sospecha de que no es sino un retoño algo modificado de la actitud anterior. Se admite que en ciertas circunstancias se emprenda un tratamiento analítico; pero si tal se hace, sólo los médicos estarán autorizados. El motivo de esta limitación es lo que debe indagarse.

Y la pregunta está condicionada espacialmente porque no vale con iguales alcances para todos los países. En Alemania y Estados Unidos no es más que una discusión académica, pues en esos países los enfermos pueden hacerse tratar como ellos quieran y por quien lo deseen, y cada cual puede tratar a voluntad enfermos cualesquiera en calidad de «curandero», siempre que asuma la responsabilidad de sus actos.<sup>1</sup> La ley no se inmiscuye, a menos que se la requiera para castigar un daño inferido al paciente. En cambio, en Austria, país en que escribo y para el cual lo hago, la ley es preventiva: sin esperar el resultado prohíbe al no médico tratar enfermos.<sup>2</sup> Aquí sí tiene sentido práctico la pregunta dirigida a saber si los legos = no médicos están autorizados a tratar enfermos mediante el psicoanálisis. Pero es verdad que el texto de la ley parece responderla apenas se la plantea. Los neuróticos son enfermos, los legos son no médicos, el psicoanálisis es un procedimiento destinado a curar o mejorar enfermedades ner-

<sup>1</sup> [En rigor, esto solamente es válido respecto de ciertos estados de Estados Unidos, no de todos ellos. También lo es respecto de Gran Bretaña.]

<sup>2</sup> Lo mismo sucede en Francia.

viosas, y todos los tratamientos de esa índole quedan reservados a los médicos; en consecuencia, no es permitido a los legos ejercer el análisis en neuróticos, y si lo hicieran, cometerían un acto punible. Siendo tan simples las cosas, uno apenas se atreve a ocuparse de la pregunta en cuestión. No obstante, surgen algunas complicaciones que la ley no considera y por eso mismo exigen atención. Acaso se llegue a averiguar que en este caso los enfermos no son como otros enfermos, los legos no son genuinamente tales, ni los médicos son exactamente lo que hay derecho a esperar de unos médicos y en lo cual pueden fundar sus pretensiones. Si se consigue probarlo, se estará justificado en reclamar que la ley no se aplique sin modificación al presente caso.

# I

Que lo dicho en último término suceda dependerá de personas que no están obligadas a conocer las particularidades de un tratamiento analítico. Nuestra tarea es ilustrar acerca de ellas a esos jueces imparciales, a quienes supondremos ignorantes por ahora en la materia. Lamentamos no poder hacerlos asistir a un tratamiento de esa índole. La «situación analítica» no es compatible con la presencia de terceros. Por otra parte, como las distintas sesiones son de valor muy desigual, un espectador así incompetente que asistiera a una de ellas casi nunca obtendría una impresión utilizable y correría el riesgo de no comprender aquello de que se trata entre el analista y el paciente, o se aburriría. Por tanto, de buen o mal grado tiene que conformarse con nuestra información, que trataremos de transmitirle de la manera más confiable que podamos.

Acaso el enfermo sufra de oscilaciones del talante que no puede dominar, o de una timidez irresoluta que le hace sentir paralizada su energía, pues no confía en hacer nada rectamente, o se corre con angustia ante los extraños. Puede percibir, sin entenderlo, que tiene dificultades para llevar a cabo su trabajo profesional, pero también cualquier decisión de alguna gravedad y cualquier empresa. Un buen día —y sin saber la razón— padeció un penoso ataque de sentimientos de angustia, y desde entonces no puede sin vencerse a sí mismo andar solo por la calle ni viajar en ferrocarril, y quizá debió renunciar a ambas cosas. O, lo que es hartamente asombroso, sus pensamientos marchan por su propio camino y él no puede guiarlos mediante su voluntad. Persiguen problemas que le resultan hartamente indiferentes, pero de los que no puede librarse. Y aun le han impuesto tareas en grado sumo risibles, como contar el número de ventanas en los frentes de las casas; o luego de ejecutar operaciones simples, como arrojar una carta en el buzón o cerrar la llave del gas, le sobreviene enseguida la duda sobre si efectivamente lo hizo. Quizá todo eso no es más que molesto y fatigoso, pero semejante estado se vuelve insoportable si él de pronto no puede defenderse de la idea de que ha arrollado a un niño bajo las ruedas de su coche, ha

arrojado al agua desde el puente a un desconocido, o si se ve forzado a preguntarse si no es el asesino que la policía busca como el autor de un crimen descubierto hoy. Todo eso es un manifiesto disparate, él mismo lo sabe, nunca ha hecho algo malo a nadie, pero la sensación —el sentimiento de culpa— es tan intensa como si efectivamente fuera el asesino buscado.

O bien nuestro paciente —sea esta vez una paciente— tiene sufrimientos de otra índole y en un terreno distinto. Es concertista de piano, pero sus dedos se le agarrotan y le deniegan su servicio. Cuando se propone ir a una reunión social, al punto le sobreviene una necesidad natural cuya satisfacción sería incompatible con la sociabilidad. Por eso ha renunciado a concurrir a reuniones, bailes, al teatro, a conciertos. En las circunstancias más inoportunas es aquejada por dolores de cabeza u otras sensaciones dolorosas. Eventualmente vomitará toda comida, lo que a la larga puede resultar peligroso. Por último, es lamentable que no soporte las emociones, imposibles de evitar en la vida. Con ocasión de ellas sufre desmayos, a menudo con contracción muscular, que recuerdan a ominosos {*unheimlich*} estados patológicos.

Otros enfermos, aún, se sienten perturbados en un campo particular, en que la vida de los sentimientos reclama la participación del cuerpo. Si son varones, se hallan incapaces de traducir en expresión corporal las mociones más tiernas hacia el otro sexo, en tanto que quizá dispongan de todas las reacciones frente a objetos menos amados. O su sensualidad se ata a personas a quienes desprecian y de las que querrían verse libres. O les impone condiciones cuyo cumplimiento les repugna a ellos mismos. Si los pacientes son mujeres, por angustia o asco, o por desconocidas inhibiciones, se sienten impedidas de entregarse a los reclamos de la vida sexual o, si han cedido al amor, se encuentran privadas del goce que la naturaleza ha estatuido como premio a esa obediencia.

Todas esas personas se reconocen enfermas y acuden a médicos, de quienes se espera la eliminación de esas perturbaciones nerviosas. Además, ellos manejan las categorías en que se coloca a esas enfermedades. En cada caso las diagnostican, según sus puntos de vista, con diversos nombres: neurastenia, psicastenia, fobias, neurosis obsesiva, histeria. Examinan los órganos donde se manifiestan los síntomas: el corazón, el estómago, los intestinos, los genitales, y los encuentran sanos. Aconsejan interrumpir el modo de vida habitual, reposo, procedimientos vigorizantes, tónicos, y de ese modo obtienen alivios pasajeros. . . o no consiguen nada. Por fin, los enfermos se enteran de que hay personas que se

especializan en tratar esa clase de sufrimientos, y entran a analizarse con ellas.

Nuestro juez imparcial, a quien imagino aquí presente, ha dado signos de impaciencia mientras se exponían los fenómenos patológicos de las neurosis. Ahora se pone alerta, tenso, y se expresa así: «Por fin sabremos, pues, qué hace el analista con el paciente a quien el médico no pudo remediar».

Entre ellos no ocurre otra cosa sino que conversan. El analista no emplea instrumentos, ni siquiera para el examen, y tampoco prescribe medicamentos. Siempre que es posible, hace que durante el tratamiento el enfermo permanezca en su ambiente y mantenga sus relaciones habituales. Desde luego, ello no es condición indispensable, y no siempre se la puede cumplir. El analista hace venir al paciente a determinada hora del día, lo hace hablar, lo escucha, luego habla él y se hace escuchar.

El rostro de nuestro juez imparcial muestra ahora señales inequívocas de alivio y distensión, pero también deja traslucir nítidamente cierto menosprecio. Es como si pensara: «¿Eso es todo? Palabras, palabras y nada más que palabras, como dice el príncipe Hamlet». Sin duda se le pasa además por la mente la sátira de Mefistófeles sobre lo fácil que es salir del paso con palabras, versos estos que ningún alemán olvidará.<sup>1\*</sup>

También dice: «Entonces es una suerte de ensalmo; ustedes hablan, y la enfermedad de él se disipa».

Exactamente, sería un ensalmo si produjera un efecto más rápido. No hay ensalmo sin la prontitud; se diría: sin un éxito repentino. Pero los tratamientos analíticos requieren meses y aun años; un ensalmo tan lento pierde el carácter de lo maravilloso. Por lo demás, no despreciemos la *palabra*. Sin duda es un poderoso instrumento, el medio por el cual nos damos a conocer unos a otros nuestros sentimientos, el camino para cobrar influencia sobre el otro. Las palabras pueden resultar indeciblemente benéficas y resultar terrible-

<sup>1</sup> [Cf. Goethe, *Fausto*, parte I, escena 4, el diálogo de Mefistófeles con el estudiante.]

\* {El pasaje aludido es el siguiente:

«*Estudiante*: Sin embargo, algún concepto tiene que haber en la /palabra.  
*Mefistófeles*: ¡Muy bien! Sólo que no es preciso martirizarse dema- /siado,  
pues donde conceptos faltan, allí mismo  
y en el momento justo acude una palabra.  
Con palabras se puede sostener una querrela,  
con palabras aderezar algún sistema,  
en palabras se puede creer admirablemente;  
de una palabra no puede eliminarse ni una iota».

mente lesivas. Es verdad que en el comienzo fue la acción,<sup>2</sup> la palabra vino después; pero en muchos respectos fue un progreso cultural que la acción se atemperara en la palabra. Ahora bien, la palabra fue originariamente, en efecto, un ensalmo, un acto mágico, y todavía conserva mucho de su antigua virtud.

El juez imparcial prosigue: «Supongamos que el paciente no esté mejor preparado que yo para comprender el tratamiento analítico; ¿cómo le haría usted creer en el ensalmo de la palabra o del discurso destinados a librarlo de su sufrimiento?».

Desde luego, es preciso preparar al paciente, y para ello se ofrece un camino sencillo. Se lo exhorta a ser totalmente sincero con su analista, a no mantener en reserva nada de lo que se le pase por la mente, y luego a remover *todas* las coartaciones que le harían preferir no comunicar muchos de sus pensamientos y recuerdos. Todo ser humano sabe que en su interior hay cosas que sólo comunicaría de muy mala gana, o cuya comunicación considera enteramente excluida. Son sus «intimidaciones». Vislumbra también —lo cual constituye un gran progreso en el autoconocimiento psicológico— que hay otras cosas que uno no querría confesarse *a sí mismo*, que de buen grado ocultaría ante sí mismo, y por eso las interrumpe pronto y las expulsa de su pensamiento cuando a pesar de todo afloran. Y quizá se percate de que esa situación, en que un pensamiento propio debe ser mantenido en secreto frente al sí-mismo propio, plantea un problema psicológico muy curioso. En efecto, es como si su sí-mismo no fuera la unidad por la que siempre lo tuvo, como si en su interior hubiera todavía algo otro que pudiera contraponerse a ese sí-mismo. Acaso se le insinúe una suerte de oposición entre el sí-mismo y una vida anímica en sentido lato. Con tal que acepte el reclamo del análisis de decirlo todo, fácilmente dará en la expectativa de que un comercio y un intercambio de pensamientos realizados bajo premisas tan insólitas podrían producir también raros efectos.

«Comprendo —dice nuestro oyente imparcial—. Usted supone que todo neurótico tiene algo que lo oprime, un secreto, y si usted lo mueve a expresarlo lo alivia de esa presión y ejerce sobre él un efecto benéfico. Es justamente el principio de la confesión, del que la Iglesia católica se ha servido desde siempre para asegurar su dominio sobre los espíritus».

<sup>2</sup> [«*Im Anfang war die Tat*» (Goethe, *Fausto*, parte I, escena 3). Freud concluyó con esta misma cita su libro *Tótem y tabú* (1912-13). *AE*, 13, pág. 162.]

Sí y no, tenemos que responder. La confesión cumple en el análisis el papel de introducción, por así decir. Pero muy lejos está de constituir la esencia del análisis o de explicar su eficacia. En la confesión, el pecador dice lo que sabe; en el análisis, el neurótico debe decir más. Por otra parte, no tenemos noticia de que la confesión haya desarrollado alguna vez la virtud de eliminar síntomas patológicos directos.

«Entonces no entiendo —es la réplica—. ¿Qué podrá significar “decir más de lo que sabe”? Empero, puedo imaginar que como analista consiga usted mayor influencia sobre sus pacientes que el padre confesor sobre sus feligreses, puesto que les consagra más tiempo, se ocupa de ellos de manera más intensa y también más individual, y utiliza ese acrecentado influjo para librarlo de sus pensamientos patológicos, para disuadirlo de sus temores, etc. Harto asombroso sería que por ese camino lograra dominar también fenómenos puramente corporales como vómitos, diarreas, convulsiones, pero yo sé que esos influjos son muy posibles cuando se ha puesto a un hombre en el estado hipnótico. Es probable que el empeño de usted consiga un vínculo hipnótico de esa índole con el paciente, una ligazón sugestiva entre el paciente y la persona de usted, aunque no se la proponga; y que entonces los efectos maravillosos de su terapia no sean sino los de la sugestión hipnótica. Ahora bien, por lo que yo sé, la terapia hipnótica trabaja mucho más rápido que su análisis, el cual, como usted dice, dura meses y años».

Nuestro juez imparcial no es tan ignorante ni falto de información como lo habíamos estimado al comienzo. Es innegable que se empeña por conceptualizar al psicoanálisis con ayuda de sus conocimientos anteriores, por ligarlo con algo de lo que ya tiene noticia. Ahora se nos plantea la difícil tarea de aclararle que no lo conseguirá, que el análisis es un procedimiento *sui generis*, algo nuevo y peculiar, que sólo puede ser conceptualizado con ayuda de nuevas intelecciones —o supuestos, si se quiere—. Pero todavía le debemos la respuesta a sus últimas puntualizaciones.

Lo que usted ha dicho acerca del particular influjo personal del analista es por cierto digno de tenerse en cuenta. Ese influjo existe y desempeña un gran papel en el análisis. Pero no el mismo que en el hipnotismo. Con toda seguridad podría probarle que las situaciones son enteramente diversas allá y aquí; acaso baste con señalar que no empleamos ese influjo personal —el factor «sugestivo»— para suprimir los síntomas patológicos, como acontece en la sugestión hipnótica. Además, que sería erróneo creer que ese factor es el exclusivo soporte y promotor del tratamiento. Al comienzo, vaya y

pase; pero luego contraría nuestros propósitos analíticos y nos constriñe a adoptar las más vastas contramedidas. Por otra parte, quiero mostrarle con un ejemplo cuán lejos se encuentra la técnica analítica de distraer y buscar excusas disuasivas. Si nuestro paciente sufre de un sentimiento de culpa, como si hubiera cometido un grave crimen, no le aconsejamos hacer caso omiso de esa tortura de la conciencia moral insistiendo en su indudable inocencia; él mismo ya lo ha intentado sin resultado. Antes bien, le advertimos que una sensación tan intensa y sostenida no puede menos que fundarse en algo efectivamente real, que acaso pueda descubrirse.

«Me asombraría —sostiene el juez imparcial— que mediante semejante aquiescencia pudiera usted apaciguar el sentimiento de culpa de su paciente. Pero, ¿cuáles son entonces sus propósitos analíticos, y qué emprende usted con el paciente?».

## II

Si he de decirle a usted algo comprensible, tendré que comunicarle una parte de una doctrina psicológica que no es conocida o no es apreciada fuera de los círculos analíticos. De esta teoría se desprende fácilmente lo que queremos obtener del enfermo y el modo en que lo logramos. Se la presentaré dogmáticamente, como si fuera un edificio doctrinal acabado. Pero no crea que nació así de golpe, como si fuera un sistema filosófico. La hemos desarrollado muy poco a poco, luchando largo tiempo para conseguir cada pieza, y la modificamos de continuo en estrecho contacto con la observación, hasta que por último cobró una forma en que parece servirnos para nuestros fines. Hace algunos años habría debido revestir esa doctrina con otras expresiones. Desde luego, no puedo garantizarle que su actual forma de expresión será la definitiva. Usted sabe que la ciencia no es ninguna revelación; carece, aunque sus comienzos ya estén muy atrás, de los caracteres de precisión, inmutabilidad e infalibilidad, tan ansiados por el pensamiento humano. Pero, así como es, es todo lo que podemos tener. Admita usted que nuestra ciencia es muy joven, apenas de la edad del siglo, y se ocupa del asunto quizá más difícil que pueda plantearse a la investigación humana; de ese modo le resultará fácil adoptar la actitud correcta frente a mi exposición. No obstante, le pido me interrumpa a voluntad cada vez que no pueda seguirme o desee más esclarecimientos.

«Lo interrumpo aun antes de que usted comience. Dice que quiere exponerme una nueva psicología, pero yo creía que la psicología no es una ciencia nueva. Harta psicología y sobrados psicólogos existieron, y en la escuela me he enterado de grandes logros obtenidos en ese campo.»

No me propongo impugnarlos. Pero si usted los examina con mayor atención, deberá clasificarlos más bien en la fisiología de los sentidos. La doctrina de la vida anímica no pudo desarrollarse porque la inhibía un único yerro esencial. ¿Qué abarca hoy ella, tal como se la enseña en las escuelas? Aparte de esas valiosas intelecciones de la fisiología de los sentidos, cierto número de clasificaciones y definiciones de nuestros

procesos anímicos, que, merced al lenguaje usual, se han convertido en patrimonio común de todas las personas cultas. Es evidente que ello no basta para aprehender nuestra vida anímica. ¿No ha notado usted que todo filósofo, poeta, historiador y biógrafo se compone su propia psicología, aduce sus premisas particulares sobre la trabazón y los fines de los actos anímicos, todas más o menos atractivas y todas igualmente inciertas? Es manifiesto que se carece de un fundamento común. Y a eso se debe que en el terreno psicológico no haya por así decir ningún respeto ni autoridad. En él, cada quien puede, a voluntad, hacer «caza furtiva». Cuando se plantea un problema físico o químico, quien no se sepa en posesión de «conocimientos especializados» guardará silencio; pero si usted aventura una tesis psicológica, tiene que estar dispuesto a que todo el mundo la juzgue y la contradiga. Es probable que en este campo no haya «conocimientos especializados». Todos tienen su vida anímica, y por eso se consideran psicólogos. Pero no me parece que ese sea un título suficiente. Cuentan que le preguntaron a una persona que se ofrecía como «niñera» si también sabía cuidar niños pequeños. «Sin duda —respondió—; yo también fui una vez niña pequeña».

«¿Y ese “fundamento común” de la vida anímica, omitido por todos los psicólogos, es lo que usted pretende haber descubierto mediante la observación de enfermos?».

No creo que ese origen desvalore nuestros hallazgos. La embriología, por ejemplo, no merecería ninguna confianza si no pudiera esclarecer de manera tersa la génesis de las malformaciones innatas. Ahora bien, ya le he contado a usted de personas cuyos pensamientos marchan por su propio camino, lo que las compele a cavilar sobre problemas que les resultan terriblemente indiferentes. ¿Cree usted que la psicología escolar ha contribuido en algo a esclarecer una anomalía como esta? Y, por último, a todos nos ocurre que durante la noche nuestro pensar anda por su propio camino y crea cosas que luego no comprendemos, que nos resultan extrañas y presentan un sospechoso parecido con productos patológicos. Me refiero a nuestros sueños. El pueblo siempre se atuvo a la creencia de que los sueños tienen un sentido, un valor, significan algo. La psicología escolar nunca pudo indicar ese sentido de los sueños. No atinó a nada con el sueño, y cuando ensayó explicaciones, fueron apsicológicas: su reconducción a estímulos sensoriales, a una desigual profundidad del dormir en diversas partes del cerebro, y cosas por el estilo. Pero es lícito decir que una psicología que no puede explicar el sueño es también inutilizable para la com-

prensión de la vida anímica normal, no tiene derecho alguno a llamarse «ciencia».

«Se vuelve usted agresivo, lo que significa que le hemos tocado un punto sensible. Me he enterado de que en el análisis se atribuye gran valor a los sueños, se los interpreta, se busca tras ellos recuerdos de episodios reales, etc. Pero también de que la interpretación de los sueños queda librada al albedrío de los analistas, y ellos mismos no han zanjado sus polémicas acerca del modo de interpretar sueños, acerca de la licitud de extraer inferencias de ellos. Si es así, usted no tiene derecho a cargar tanto las tintas sobre la superioridad que el análisis ha cobrado frente a la psicología de las escuelas».

Ha dicho usted realmente muchas cosas acertadas. Es verdad que la interpretación de los sueños ha adquirido importancia incomparable así para la teoría como para la praxis del análisis. Cuando parezco agresivo, no es para mí sino un modo de organizar mi defensa. Pero si reparo en todos los abusos que muchos analistas han cometido con la interpretación de los sueños, podría descorazonarme y dar la razón a aquella sentencia pesimista de nuestro gran satírico Nestroy:<sup>1</sup> «Todo progreso nunca es sino la mitad de grande de lo que al comienzo se esperaba». Pero, ¿ha tenido usted otra experiencia, sino que los seres humanos embrollan y deforman todo lo que cae en sus manos? Con un poco de precaución y autodisciplina es posible evitar la mayoría de los peligros de la interpretación de sueños. Ahora bien, ¿no cree usted que nunca acabaré mi exposición si me distrae de ese modo?

«Por cierto. Si le entendí bien, quería usted exponer la premisa fundamental de la nueva psicología».

No quería empezar por ahí. Tengo el propósito de informarle acerca de la representación que en el curso de los estudios analíticos nos hemos hecho de la estructura del aparato anímico.

«¿Puedo preguntarle a qué llama “aparato anímico”, y con qué está construido?».

En cuanto al aparato anímico, pronto se aclarará qué es. Y le ruego que no me haga preguntas sobre el material con que está construido. A la psicología no le interesa, puede resultarle tan indiferente como a la óptica saber si las lentes del telescopio están hechas de metal o de cartón. Deja-

<sup>1</sup> [Johann Nestroy (1801-1862), autor de comedias y farsas que era famoso en Viena. La misma sentencia se cita en «Análisis terminable e interminable» (1937c), *AE*, 23, pág. 231.]

remos enteramente de lado el punto de vista de la *sustancia* {*den stofflichen Gesichtspunkt*}, pero no el *espacial*. Es que efectivamente nos representamos el ignoto aparato que sirve a los desempeños anímicos como un instrumento edificado por varias partes —las llamamos *instancias*—, cada una de las cuales cumple una función particular, y que tienen entre sí una relación espacial fija; vale decir: la relación espacial —el «delante» y «detrás», «superficial» y «profundo»— sólo tiene para nosotros, en principio, el sentido de una figuración de la secuencia regular de las funciones. ¿Sigue siendo comprensible lo que digo?

«Apenas; quizá lo comprenda más tarde, pero en todo caso es una curiosa anatomía del alma, que no hallaríamos en el investigador de la naturaleza».

¿Qué quiere usted? Es una representación auxiliar como hay tantas en las ciencias. Las primeras de todas siempre han sido bastante toscas. «*Open to revision*» {«Sujetas a revisión»}, cabe decir en estos casos. Considero superfluo invocar aquí el «como si», hoy tan popular. El valor de una de estas representaciones auxiliares —«ficción», la llamaría el filósofo Vaihinger—<sup>2</sup> depende de lo que se pueda conseguir con ella.

Prosigamos, pues: Nos situamos en el terreno de la sabiduría ordinaria, y reconocemos en el ser humano una organización anímica interpolada entre sus estímulos sensoriales y la percepción de sus necesidades corporales, por un lado, y sus actos motores, por el otro, y que media entre ambos términos con un propósito determinado. Llamamos a esta organización su *yo*. Pero nada de esto es novedoso; cada uno de nosotros adopta ese supuesto, siempre que no sea un filósofo, y aun hay quienes lo hacen a pesar de serlo. Ahora bien, no creemos haber agotado con eso la descripción del aparato anímico. Además de ese yo discernimos otro ámbito anímico, de mayor extensión, más grandioso y oscuro que el yo, y lo llamamos el *ello*. La relación entre ambos es lo primero que debe ocuparnos.

Usted objetará, probablemente, que para designar estas dos instancias o provincias anímicas hayamos escogido simples pronombres, en lugar de introducir sonoros nombres griegos. Es que en el psicoanálisis nos gusta permanecer en contacto con el modo popular de pensar, y preferimos volver

<sup>2</sup> [Hans Vaihinger (1852-1933), quien enunciara su sistema filosófico en *Die Philosophie des Als Ob* (1922). Esta obra estuvo muy en boga en los países de habla alemana, especialmente después de la Primera Guerra Mundial. Freud hace un comentario bastante extenso sobre ella en *El porvenir de una ilusión* (1927c), *AE*, 21, págs. 28-9.]

utilizables para la ciencia sus conceptos, en vez de desestimarlos. No es ningún mérito: tenemos que proceder así porque nuestras doctrinas están destinadas a que las comprendan nuestros pacientes, que a menudo son muy inteligentes, pero no siempre eruditos. El ello impersonal se anuda de manera directa a ciertos giros expresivos del hombre normal. «Ello {Es} me sacudió —se dice—; había algo en mí {es war etwas in mir} que en ese instante era más fuerte que yo». «*C'était plus fort que moi*».

En la psicología sólo podemos describir con ayuda de comparaciones. No es algo particular de ella, también en otras ciencias es así. Pero nos vemos obligados a variar de continuo esas comparaciones, ninguna se nos mantiene un tiempo suficientemente largo. Así, para volver patente el nexo entre el yo y el ello, le ruego que imagine al yo como una suerte de fachada del ello, un primer plano, como un estrato cortical externo del ello. Sabemos que los estratos corticales deben sus propiedades particulares al influjo modificador del medio externo con el que chocan. Así, nos representamos al yo como el estrato del aparato anímico, del ello, modificado por el influjo del mundo exterior (de la realidad). Esto le permite a usted ver cuán en serio tomamos en el psicoanálisis las concepciones espaciales. El yo es para nosotros real y efectivamente lo superficial, y el ello lo más profundo, claro está que considerado desde afuera. El yo se sitúa entre la realidad y el ello, lo genuinamente anímico.

«No quiero preguntarle aún de dónde puede uno saber todo eso. Dígame, primero, ¿qué se propone usted con esa separación entre un yo y un ello, qué lo constriñó a establecerla?».

Su pregunta me indica el camino correcto para continuar. En efecto, lo importante y valioso es saber que el yo y el ello divergen mucho entre sí en varios puntos; en el yo rigen reglas diferentes que en el ello para el decurso de los actos anímicos, el yo persigue otros propósitos y lo hace con otros medios. Habría mucho que decir sobre esto, pero, ¿se conformará usted con una nueva comparación y un ejemplo? Piense usted en la diferencia entre el frente y la retaguardia, tal como se había configurado en el curso de la Guerra Mundial. En esa época no nos asombraba que en el frente muchas cosas ocurrieran de otro modo que en la retaguardia, y que en esta estuvieran permitidas muchas que en el frente era preciso prohibir. El influjo determinante era, desde luego, la proximidad del enemigo; en el caso de la vida anímica, es la proximidad del mundo exterior. «Afuera»—

«ajeno»—«enemigo» fueron alguna vez conceptos idénticos. Y ahora el ejemplo: en el ello no hay conflictos; contradicciones, opuestos, coexisten impertérritos unos junto a los otros y a menudo se equilibran mediante formaciones de compromiso. En parecidos casos, el yo siente un conflicto que debe decidirse, y la decisión consiste en que una aspiración se resigne en favor de la otra. El yo es una organización que se distingue por un muy asombroso afán de unificación, de síntesis; este carácter le falta al ello, que es —por así decir— incoherente, pues sus aspiraciones singulares persiguen sus propósitos independientemente y sin miramiento recíproco.

«Pero si existe una retaguardia anímica tan importante, ¿cómo me puede explicar usted que haya pasado inadvertida hasta el advenimiento del análisis?».

Esto nos remite a uno de sus planteos anteriores [pág. 179]. La psicología se había bloqueado el acceso al ámbito del ello por aferrarse a una premisa que parece obvia, pero es insostenible. Hela aquí: que todos los actos anímicos nos son concientes, que «ser-conciente»<sup>3</sup> es el signo distintivo de lo anímico, y que si en nuestro encéfalo existieran procesos no-concientes, no merecerían el nombre de actos anímicos y no competirían a la psicología.

«Opino, sin embargo, que es algo evidente».

Pues bien, eso mismo opinan los psicólogos; pero es fácil demostrar que es falso, o sea, una separación totalmente inadecuada. La más somera observación de sí enseña que uno puede tener ocurrencias que es imposible que se produzcan sin preparación. Ahora bien, de esos estadios previos de lo pensado por usted, que sin duda tienen que haber sido real y efectivamente de naturaleza psíquica, en su conciencia ingresa sólo el resultado ya listo. En ocasiones usted podrá hacerse conciente de esas formaciones de pensamiento preparatorias *con posterioridad*, como en una reconstrucción.

«Es probable que la atención estuviera distraída, y por eso uno no notó esos preparativos».

¡Subterfugios! Así no da razón del hecho de que en usted

<sup>3</sup> [«*Bewusst-sein*»; sin el guión, es la palabra correspondiente a «conciencia». Al insertar el guión, Freud pretende destacar el sentido pasivo que tiene en alemán la voz «*bewusst*». Cf. mi «Nota introductoria» a «Lo inconciente» (1915e), *AE*, 14, pág. 159n. La palabra aparece dividida del mismo modo y con propósitos análogos en *El yo y el ello* (1923b), *AE*, 19, pág. 15, aunque en ese caso no figura el guión intermedio. En cuanto a la presente obra, el guión sólo aparece en la edición original (1926), habiendo sido erróneamente omitido en las ediciones alemanas posteriores, donde los dos componentes están fundidos en una sola palabra.]

puedan producirse actos de naturaleza anímica, a menudo muy complejos, de los que su conciencia no se entera para nada, de los que usted no sabe nada. ¿O acaso está dispuesto a admitir que un poco más o un poco menos de su «atención» basta para mudar un acto no anímico en uno anímico? Y, por otra parte, ¿para qué polemizar? Hay experimentos hipnóticos en los que se demuestra de manera irrefutable la existencia de esos pensamientos no concientes, para cualquiera que acepte enterarse de ello.

«Yo no quiero desconocerlo, pero creo que por fin lo comprendo a usted. Lo que usted llama “yo” es la conciencia, y su “ello”, la llamada subconciencia, de la que tanto se habla ahora. Pero, ¿a qué la mascarada de ponerle un nuevo nombre?».

No es ninguna mascarada; aquellos otros nombres son inutilizables. Y no intente usted darme literatura en lugar de ciencia. Cuando alguien habla de subconciencia, yo no sé si, tópicamente, mienta algo situado en el alma por debajo de la conciencia, o, cualitativamente, una conciencia otra, por así decir subterránea. Es probable que ni él mismo tenga una idea clara. La única oposición admisible es la que media entre conciente e inconciente. Pero sería un grave error creer que esa oposición coincide con la división entre el yo y el ello. En verdad sería maravilloso que fuera tan simple, pues nuestra teoría tendría una fácil tarea; pero las cosas no son tan simples. Lo único correcto es que todo lo que ocurre en el ello es y permanece inconciente, y que los procesos que acontecen en el interior del yo *pueden* devenir concientes (sólo ellos). Pero no todos ellos, no siempre ni necesariamente, y grandes sectores del yo pueden permanecer inconcientes de manera duradera.

Es un asunto complicado ese del devenir-conciente un proceso anímico. No resisto la tentación de exponerle —de nuevo, dogmáticamente— lo que suponemos acerca de eso. Usted recuerda que el yo es el estrato más externo, periférico del ello. Ahora bien, creemos que en la superficie más externa de ese yo se encuentra una instancia particular, vuelta directamente al mundo exterior; es un sistema, un órgano, mediante cuya excitación —y sólo por medio de ella— se produce el fenómeno que llamamos *conciencia*. Ese órgano puede ser excitado desde afuera —y entonces recibe, con ayuda de los órganos de los sentidos, los estímulos del mundo exterior— como desde adentro —lo cual le permite tomar noticia, primero, de las sensaciones en el interior del ello y, luego, de los procesos que ocurren en el yo—

«Esto se vuelve cada vez más enojoso y se sustrae cada

vez más de mi comprensión. Usted me ha invitado a un diálogo acerca de este problema: si también los legos = no médicos pueden emprender tratamientos analíticos. ¿Para qué, entonces, estas polémicas sobre teorías aventuradas y oscuras, de cuya justificación usted no podrá convencerme?».

Yo sé que no puedo convencerlo. Está fuera de toda posibilidad y por eso también fuera de mi propósito. Cuando damos a nuestros discípulos instrucción teórica en el psicoanálisis, podemos observar cuán poca impresión les causamos al comienzo. Toman las doctrinas analíticas con la misma frialdad que a otras abstracciones de que fueron nutridos. Acaso algunos quieran convencerse, pero no hay indicio alguno de que lo estén. Ahora bien, exigimos que todo el que quiera ejercer en otros el análisis se someta antes, él mismo, a un análisis. Sólo en el curso de este «autoanálisis» (como equivocadamente se lo llama),<sup>4</sup> cuando vivencia de hecho los procesos postulados por el análisis en su propia persona —mejor dicho: en su propia alma—, adquiere las convicciones que después lo guiarán como analista. ¿Cómo podría entonces esperar convencerlo a usted, el juez imparcial, de la corrección de nuestras teorías, que sólo puedo exponerle de una manera abreviada, incompleta y por eso impenetrable, sin que usted las corroborara mediante sus propias experiencias?

Me guía otro propósito. Entre nosotros no está en juego saber si el análisis es sabio o disparatado, si tiene razón en sus tesis o cae en groseros errores. Desenvuelvo ante usted nuestras teorías porque es el mejor modo de aclararle cuál es el contenido de pensamiento del análisis, de qué premisas parte frente a cada enfermo, y qué emprende con este último. Por esa vía podrá arrojarse luego una luz muy nítida sobre el problema de la práctica del análisis por los legos. Además, quédese tranquilo: si me ha seguido hasta aquí, ya ha pasado lo más espinoso, de ahora en más todo le resultará más fácil. Pero permítame hacer una pausa para tomar aliento.

<sup>4</sup> [En la actualidad se lo suele denominar «análisis didáctico». El «autoanálisis» en sentido estricto es mencionado, entre otros lugares, en una nota preliminar a un artículo de E. Pickworth-Farrow (Freud, 1926c), *infra*, pág. 270.]

### III

«Espero que su intención sea mostrarme cómo puede representarse la génesis de una enfermedad nerviosa a partir de las teorías del psicoanálisis».

Es lo que procuraré. Pero con ese fin debemos estudiar a nuestro yo y nuestro ello desde un nuevo punto de vista, el *dinámico*, o sea considerando las fuerzas en juego en su interior y entre ellos. En efecto, hasta ahora nos habíamos limitado a la descripción del aparato anímico.

«¡Con tal que no sea igualmente incomprensible!».

Espero que no. Enseguida se orientará usted. Bien; suponemos que las fuerzas que pulsionan el aparato psíquico a la actividad son producidas en los órganos del cuerpo como expresión de las grandes necesidades corporales. Recuerde usted la sentencia de nuestro filósofo poeta: hambre y amor.<sup>1</sup> ¡Un respetabilísimo par de fuerzas, por lo demás! Llamamos a estas necesidades corporales, en la medida en que constituyen estimulaciones para la actividad anímica, «*Triebe*» {«pulsiones»}, un término que muchas lenguas modernas nos envidian. Estas pulsiones son las que llenan al ello; toda la energía dentro del ello, digamos abreviadamente, proviene de aquellas. Tampoco las fuerzas del yo tienen otro origen: derivan de las del ello. Ahora bien, ¿qué quieren las pulsiones? Satisfacción, es decir, la producción de aquellas situaciones en que pueden extinguirse las necesidades corporales. Una rebaja de la tensión de necesidad es sentida por nuestro órgano de conciencia como placentera, y su aumento es pronto sentido como displacer. A partir de estas oscilaciones nace la serie de sensaciones de placer-displacer, de acuerdo con la cual el aparato anímico en su conjunto regula su actividad. Hablamos entonces de un *imperio del principio de placer*.

Se llega a estados insostenibles cuando las exigencias pulsionales del ello no hallan ninguna satisfacción. La experiencia muestra rápidamente que esas situaciones de satisfacción sólo pueden establecerse con ayuda del mundo exte-

<sup>1</sup> [La cita completa reza así: «Hambre y amor mueven al mundo» (Schiller, «Die Weltweisen»).]

rior. Así entra en función el sector del ello vuelto al mundo exterior, el yo. Si toda la fuerza pulsionante que pone en movimiento al barco es suministrada por el ello, el yo se encarga por así decir del timón, que, de faltar, no permitiría alcanzar ninguna meta. Las pulsiones dentro del ello esfuerzan una satisfacción inmediata, sin miramiento, mas de ese modo no consiguen nada o aun provocan un sensible daño. Es tarea del yo prevenir ese fracaso, mediar entre las exigencias del ello y el veto del mundo exterior real. Ahora bien, el yo despliega su actividad siguiendo dos direcciones. Por un lado, con ayuda de su órgano sensorial, el sistema conciencia, observa el mundo exterior a fin de acechar el momento favorable para una satisfacción sin daño; por el otro, influye sobre el ello, enfrena sus «pasiones», mueve a las pulsiones a posponer su satisfacción y hasta —si se lo discierne como necesario— a modificar sus metas o resignarlas a cambio de un resarcimiento. Al domeñar de este modo las mociones del ello, sustituye el principio de placer, que antes era el único decisivo, por el llamado *principio de realidad*, que por cierto persigue la misma meta final, pero toma en consideración las condiciones impuestas por el mundo exterior real. Más tarde el yo aprende que además de esa *adaptación* al mundo exterior, que acabamos de describir, hay otro camino para asegurar la satisfacción. También es posible intervenir en el mundo exterior *alterándolo* y produciendo en él deliberadamente aquellas condiciones que posibiliten la satisfacción. Esta actividad se convierte luego en la operación suprema del yo; decidir cuándo es más acorde al fin dominar sus pasiones e inclinarse ante la realidad, o tomar partido por ellas y ponerse en pie de guerra frente al mundo exterior: he ahí el alfa y el omega de la sabiduría de vida.

«¿Y consiente el ello semejante gobierno por el yo, toda vez que, si le he entendido bien a usted, es el más fuerte de los dos?».

Sí; eso anda bien cuando el yo posee su íntegra organización y capacidad de rendimiento, tiene acceso a todas las partes del ello y puede ejercer su influjo sobre ellas. En efecto, no hay una enemistad natural entre el yo y el ello, que se copertencen y, en el caso de la persona sana, prácticamente no se separan entre sí.

«Todo esto se sigue con facilidad, pero no veo dónde se encontraría, en esta relación ideal, un lugarcito para la perturbación patológica».

Tiene usted razón; mientras el yo y sus vínculos con el ello cumplen estos requisitos ideales, no hay perturbación

neurótica alguna. El punto de irrupción de la enfermedad se sitúa en un lugar inesperado, aunque un conocedor de la patología general no se sorprenderá de hallar confirmado que justamente los desarrollos y diferenciaciones más sustantivos conllevan el germen de la contracción de la enfermedad, de la falla de la función.

«Se vuelve usted demasiado erudito, no comprendo».

Debo hacer una pequeña digresión. ¿No es verdad que el pequeño ser vivo es una muy pobre e impotente cosa frente al mundo exterior avasallador, desbordante de influencias destructivas? Un ser vivo primitivo, que no haya desarrollado una suficiente organización yoica, está expuesto a todos esos «traumas». Vive la satisfacción «ciega» de sus deseos pulsionales, y con harta frecuencia zozobra {*zugrunde gehen*} a raíz de ella. La diferenciación de un yo es sobre todo un paso hacia la conservación de la vida. Es verdad que del sepultamiento no se puede extraer enseñanzas, pero si uno ha subsistido con felicidad a un trauma, se pone en guardia ante la proximidad de situaciones parecidas y señala el peligro mediante una repetición abreviada de las impresiones vivenciadas a raíz del trauma: mediante un *afecto de angustia*. Y entonces esa reacción ante la percepción del peligro introduce el intento de huida, de efecto salvador hasta el momento en que uno haya adquirido la fuerza suficiente para enfrentar eso peligroso del mundo exterior de manera más activa, quizás hasta por medio de una agresión.

«Todo eso está muy alejado de lo que usted había prometido».

No sospecha usted cuán cerca estoy de cumplir mi promesa. También en los seres vivos que luego tendrán una organización yoica capaz de rendimiento, ese yo es al comienzo, en los años de la infancia, endeble, y poco diferenciado del ello. Ahora trate usted de representarse lo que acontecerá si este yo falto de poder vivencia una exigencia pulsional proveniente del ello, a la que querría contrariar desde luego porque colige que su satisfacción es peligrosa, provocaría una situación traumática, un choque con el mundo exterior, que no podría gobernar porque aún no posee la fuerza para eso. El yo trata entonces el peligro pulsional como si fuese un peligro externo, emprende un intento de huida, se retira de ese sector del ello y lo deja librado a su destino luego de rehusarle todas las contribuciones que de ordinario presta a las mociones pulsionales. Decimos que el yo emprende una *represión* {esfuerzo de desalojo} de estas mociones pulsionales. Así se consigue defenderse del peligro por el momento, pero no se confunde impunemente el aden-

tro con el afuera. No es posible huir de sí mismo. En la represión el yo obedece al principio de placer, que de ordinario suele corregir; debe soportar los consecuentes perjuicios. Estos consisten en que el yo ha limitado duraderamente su campo de poder. La moción pulsional reprimida queda ahora aislada, librada a sí misma, inaccesible, pero también ininfluyente. Marcha por su propio camino. Las más de las veces, ni siquiera más tarde, ya fortalecido, puede el yo cancelar la represión; su síntesis está perturbada, una parte del ello queda como terreno prohibido para el yo. Empero, la moción pulsional aislada no permanece ociosa; a cambio de la satisfacción normal que se le ha denegado, sabe resarcirse, produce retoños psíquicos que la subrogan, se enlaza con otros procesos que por así decir arranca al yo mediante su influjo, y por último irrumpe en el yo y hacia la conciencia con una formación sustitutiva desfigurada hasta volverse irreconocible, y ahí crea lo que se llama un síntoma. De golpe vemos frente a nosotros el cuadro de situación de una perturbación neurótica: un yo inhibido en su síntesis, que no posee influencia alguna sobre partes del ello, que se ve forzado a renunciar a muchas de sus actividades a fin de evitar un nuevo choque con lo reprimido, que se agota en acciones defensivas, inútiles las más de las veces, contra los síntomas, los retoños de las mociones reprimidas; y un ello en que ciertas pulsiones han cobrado autonomía, persiguen sus metas sin miramiento por los intereses de la persona global y sólo obedecen a las leyes de la psicología primitiva que impera en las profundidades del ello. Si abarcamos panorámicamente la situación entera, obtenemos una fórmula simple para la génesis de la neurosis: el yo ha hecho el intento de sofocar *de manera inapropiada* ciertos sectores del ello, ha fracasado y el ello se ha tomado su venganza. La neurosis es entonces la consecuencia de un conflicto entre el yo y el ello, conflicto en que el yo entra porque, como lo muestra una indagación a fondo, quiere atenerse enteramente a su obediencia al mundo exterior real. La oposición corre entre el mundo exterior y el ello, y el yo entra en conflicto con su ello porque, fiel a su esencia más íntima, toma partido por el mundo exterior. Empero, repare usted en que no es el hecho de este conflicto el que crea la condición de la enfermedad —puesto que tales oposiciones entre realidad y ello son inevitables, y una de las tareas permanentes del yo es mediar en ellas—, sino la circunstancia de que el yo se ha servido del recurso insuficiente de la represión para zanjar el conflicto. Ahora bien, a su vez esto se debe a que el yo no estaba desarrollado y era impotente en la época en que

se le planteó la tarea. En efecto, todas las represiones decisivas ocurren en la primera infancia.

«¡Qué asombroso camino! Sigo su consejo de no criticar, puesto que usted sólo quiere mostrarme lo que el psicoanálisis cree acerca de la génesis de las neurosis para anudar a ello la exposición de lo que hace para combatir las. Tendría muchas preguntas que hacerle, y más tarde le presentaré alguna. Pero ahora mismo siento la tentación de seguir edificando sobre la base de sus propios argumentos, y hasta ensayar una teoría. Usted desarrolló la relación mundo exterior-yo-ello, y estableció como condición de la neurosis que el yo combata al ello en su vasallaje frente al mundo exterior. ¿No es concebible también el otro caso, a saber, que en un conflicto semejante el yo se deje arrastrar por el ello y desmienta su miramiento por el mundo exterior? ¿Qué ocurre en un caso así? De acuerdo con las representaciones que en mi condición de lego me formo acerca de la naturaleza de una enfermedad mental, esa decisión del yo podría ser la condición de esta última. Es que un extrañamiento así respecto de la realidad efectiva parece lo esencial de la enfermedad mental».

Sí, yo mismo lo he pensado,<sup>2</sup> y aun lo considero acertado, aunque la demostración de esa conjetura exigiría un examen de constelaciones muy complejas. Es evidente que neurosis y psicosis están íntimamente emparentadas entre sí, y no obstante deben de separarse en un punto decisivo. Ese punto muy bien podría ser la toma de partido del yo en un conflicto de esa índole. El ello conservaría en ambos casos su carácter de inflexibilidad ciega.

«Ahora continúe usted. ¿Qué indicaciones da su teoría para el tratamiento de las neurosis?».

Nuestra meta terapéutica es ahora fácil de circunscribir. Queremos restablecer al yo, librarlo de sus limitaciones, devolverle su imperio sobre el ello, que perdió a consecuencia de sus tempranas represiones. Sólo con este fin hacemos el análisis; toda nuestra técnica está dirigida a esa meta. Tenemos que pesquisar las represiones acontecidas y mover al yo a corregirlas con nuestra ayuda, a tramitar los conflictos mejor que mediante un intento de huida. Puesto que esas represiones se remontan a la tempranísima infancia, también el trabajo analítico nos lleva hasta esa época de la vida. El camino hacia las situaciones de conflicto, las más de las veces olvidadas, que queremos reanimar en el recuerdo del enfermo nos es indicado por los síntomas, sueños y

<sup>2</sup> [Cf. «Neurosis y psicosis» (Freud, 1924b).]

ocurrencias libres de él, que por lo demás primero tenemos que interpretar, traducir, puesto que bajo la influencia de la psicología del ello han cobrado formas expresivas ajenas a nuestra comprensión. Acerca de las ocurrencias, pensamientos y recuerdos que el paciente no puede comunicarnos sin renuencia interior, tenemos derecho a suponer que de algún modo se entranan con lo reprimido o son sus retoños. En la medida en que impulsamos {*antreiben*} al enfermo a superar sus resistencias en la comunicación, educamos a su yo para que venza su inclinación a los intentos de huida y para que soporte la aproximación de lo reprimido. Al final, cuando se ha logrado reproducir en su recuerdo la situación de la represión, su obediencia es recompensada brillantemente. Toda la diferencia de épocas corre en su favor, y a menudo al yo adulto y fortalecido le parece sólo un juego de niños aquello frente a lo cual su yo infantil emprendió la huida aterrorizado.

## IV

«Todo lo que usted me refirió hasta ahora era psicología. A menudo suena extraño, ríspido, oscuro, pero en todos los casos fue “puro”, si debo decirlo así. Ahora bien, hasta este momento yo sabía muy poco de su psicoanálisis, pero me había llegado el rumor de que se ocupaba predominantemente de cosas que no merecen aquel predicado. El hecho de que usted no haya hablado hasta aquí de nada de eso me impresiona como una reserva deliberada. Tampoco puedo sofocar otra duda. Las neurosis son, como usted mismo ha dicho, perturbaciones de la vida anímica. Y cosas tan importantes como nuestra ética, nuestra conciencia moral, nuestros ideales, ¿no desempeñarán papel alguno en esas perturbaciones que llegan tan a lo hondo?».

Entonces lo que usted echa de menos en nuestros coloquios anteriores es que no tomáramos en cuenta tanto lo más bajo como lo más alto. Pero ello se debe a que aún no hemos tratado para nada de los contenidos de la vida anímica. Permítame usted, por una vez, desempeñar el papel del que interrumpe, del que detiene el progreso de la conversación. Le he referido toda esa psicología porque deseaba que tuviera usted la impresión de que el trabajo analítico es un ejercicio de psicología aplicada, y por cierto de una psicología que no se conoce fuera del análisis. Por eso el analista tiene que aprender primero esa psicología, la psicología de las profundidades o psicología de lo inconciente, al menos hasta donde hoy se la conoce. Nos hará falta para nuestras posteriores conclusiones. Pero ahora dígame, ¿qué quiso decir con la alusión a la «pureza»?

«Pues bien; todo el mundo cuenta que en los análisis se habla con todo detalle de los asuntos más íntimos... y más indecentes de la vida sexual. Y si es así —de sus exposiciones psicológicas no he podido inferir que deba serlo—, sería un fuerte argumento en favor de que sólo a los médicos se les permitiesen semejantes tratamientos. ¿Cómo pensar en conceder libertades tan peligrosas a otras personas acerca de cuyo carácter no se tiene ninguna garantía?».

Es verdad que los médicos gozan de ciertos privilegios

en el campo sexual; hasta están autorizados a inspeccionar los genitales. Sin embargo, en Oriente no se les permite hacerlo; y aun muchos reformadores idealistas —usted sabe a quiénes me refiero—<sup>1</sup> han impugnado esos privilegios. Pero lo que usted quiere saber, ante todo, es si en el análisis ocurre así y por qué.

«Eso es».

Tiene que ser así, en primer lugar, porque el análisis se edifica íntegramente sobre una sinceridad plena. Por ejemplo, en él se tratan asuntos de negocios con igual prolijidad y franqueza, se dicen cosas que uno se reservaría ante sus conciudadanos, aunque no fueran competidores ni inspectores de impuestos. No pongo en duda —antes bien, lo destaco enérgicamente— que esa obligación de sinceridad impone al analista una severa responsabilidad moral. En segundo lugar, tiene que ser así porque entre las causas y ocasiones de la contracción de neurosis desempeñan un papel importantísimo, descollante, y acaso específico, factores de la vida sexual. ¿Qué otra cosa puede hacer el análisis sino adecuarse a su tela, al material que el enfermo le ofrece? El analista nunca atrae a su paciente al campo sexual, nunca le dice: «¡Trataremos de las intimidades de su vida sexual!». Le deja que inicie sus comunicaciones por donde le plazca, y espera tranquilo hasta que el propio paciente se refiera a lo sexual. Yo solía advertir siempre a mis discípulos: «Nuestros oponentes nos han anunciado que encontraremos casos en que el factor sexual no desempeña papel alguno; guardémonos de introducirlo en el análisis, no nos arruinemos la oportunidad de hallar un caso así». Ahora bien, ninguno de nosotros ha tenido esa dicha hasta hoy.

Sé, desde luego, que nuestro reconocimiento de la sexualidad se ha convertido —confesada o inconfesadamente— en el más fuerte motivo de la hostilidad de los otros hacia el análisis. ¿Podría despistarnos esa circunstancia? Sólo nos muestra cuán neurótica es toda nuestra vida cultural, puesto que los presuntos normales no se comportan de otro modo que los neuróticos. En la época en que los círculos de estudiosos de Alemania incoaron juicio solemne acerca del psicoanálisis —hoy guardan silencio en lo esencial—, cierto orador sostuvo poseer una particular autoridad, porque, según dijo, él dejaba incluso exteriorizarse a los enfermos; evidentemente, con propósito diagnóstico y a fin de someter a examen las aseveraciones de los analistas. Pero, añadía,

<sup>1</sup> [Se refiere sin duda a Tolstoi y sus partidarios. Véase un pasaje similar en «Puntualizaciones sobre el amor de transferencia» (1915a), *AE*, 12, pág. 165.]

cuando estos empezaban a hablar de cosas sexuales, les tapaba la boca. ¿Qué opina usted de semejante procedimiento de prueba? El círculo de estudiosos aplaudió a rabiar al orador, en vez de sentirse avergonzados por él, como correspondía. Sólo la seguridad triunfalista que presta la conciencia de los prejuicios comunes puede explicar la desaprensión lógica de ese orador. Años después, algunos de mis discípulos cedieron a la necesidad de liberar a la sociedad humana del yugo de la sexualidad, que el psicoanálisis le había impuesto. Uno de ellos declaró que lo sexual en modo alguno significa la sexualidad, sino algo diverso, abstracto, místico; otro, que la vida sexual no era más que uno de los campos en que el ser humano quería afirmar su pulsionante necesidad de poder e imperio.<sup>2</sup> Han hallado mucho aplauso, al menos en lo inmediato.

«Aquí me atrevo a tomar, por una vez, partido. Me parece muy osado aseverar que la sexualidad no es una necesidad natural, originaria, del ser vivo, sino la expresión de otra cosa. No hace falta más que considerar el ejemplo de los animales».

De nada vale. No hay mestura, por absurda que sea, que la sociedad no esté dispuesta a tragarse con tal que se la pueda invocar como contrarrestante del temido hiperpoder de la sexualidad.

Además, le confieso que la repugnancia que usted mismo ha dejado traslucir en cuanto a conceder al factor sexual un papel tan grande en la causación de las neurosis no me parece muy compatible con su tarea de juez imparcial. ¿No teme usted que esa antipatía le estorbe dictar una sentencia justa?

«Me pesa que usted diga eso. Su confianza en mí parece cuestionada. ¿Por qué entonces no escogió a otro como juez imparcial?».

Porque ese otro no habría pensado de otro modo que usted. Pero si de antemano hubiera estado dispuesto a admitir el valor de la vida sexual, todo el mundo habría exclamado: «¡Ese no es un juez imparcial, es partidario suyo!». No; en modo alguno resigno la expectativa de influir sobre las opiniones de usted. Pero confieso que para mí este caso es diferente del considerado antes. En cuanto a las elucidaciones psicológicas, no tenía por qué interesarme que usted me diera o no crédito, con tal que recibiera la impresión de que se trataba de problemas puramente psicológicos. Esta vez, a raíz de la cuestión de la sexualidad, me gustaría que usted se volviera accesible a la intelección de que su

<sup>2</sup> [Alude, naturalmente, a las teorías de Jung y de Adler.]

más intenso motivo de contradicción es justamente la hostilidad congénita que usted comparte con tantos otros.

«Es que me falta la experiencia que le ha procurado a usted una certeza tan inmovible».

Bien; puedo proseguir mi exposición. La vida sexual no es sólo maliciosa picardía, sino un serio problema científico. Hay ahí muchas cosas nuevas que averiguar, y muchas curiosas que explicar. Desde ahora le digo que el análisis se vio forzado a remontarse hasta la primera infancia del paciente porque en esas épocas, en tanto el yo era endeble, sobrevinieron las represiones decisivas. ¿Acaso es cierto que en la infancia no existe vida sexual alguna, que sólo comienza con la pubertad? Al contrario; hemos hecho el descubrimiento de que las mociones pulsionales sexuales acompañan la vida desde el comienzo mismo, y que justamente el yo infantil emprende las represiones para defenderse de ellas. ¿No es verdad que constituye una notable coincidencia que el niño pequeño ya se revuelva contra el poder de la sexualidad, como después lo hizo aquel orador en su asociación de eruditos, y más tarde aún mis discípulos, que postularon sus propias teorías? ¿Cómo se explica esto? La respuesta más universal sería que toda nuestra cultura se edifica a expensas de la sexualidad; pero hay mucho más que decir sobre este tema.

El descubrimiento de la sexualidad infantil se cuenta entre esos hallazgos de los que uno debe avergonzarse.<sup>3</sup> Ciertos pediatras —y, según parece, algunas niñeras— siempre lo supieron. Hombres agudos, que se llaman psicólogos infantiles, hablaron luego, en tono de reproche, de una «profanación de la niñez». ¡Otra vez, en lugar de argumentos, sentimientos! En nuestros organismos políticos tal conducta es cosa ordinaria. Un diputado de la oposición se pone de pie y denuncia una malversación en la administración pública, el ejército, la justicia, etc. Entonces otro, de preferencia partidario del gobierno, declara que tales comprobaciones ultrajan el sentimiento del honor estatal, militar, dinástico o aun nacional. Y siendo así, tales denuncias no son verdaderas. Estos sentimientos no soportan ultraje alguno.

La vida sexual del niño es, desde luego, diversa de la del adulto. La función sexual recorre, desde sus comienzos hasta su conformación última, que nos resulta familiar, un complejo desarrollo. Se constituye y crece a partir de numerosas pulsiones parciales, con sus metas particulares, y atraviesa

<sup>3</sup> [A causa de su carácter obvio; véase un pasaje similar en «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914*d*), *AE*, 14, pág. 17.]

por varias fases de organización hasta que por fin se pone al servicio de la reproducción. Entre las pulsiones parciales, no todas son utilizables por igual para el resultado último; tienen que ser desviadas, remodeladas, en parte sofocadas. Un desarrollo tan vasto no siempre se cumple sin contratiempos; sobrevienen inhibiciones del desarrollo, fijaciones parciales a estadios evolutivos anteriores. Y toda vez que más tarde el ejercicio de la función sexual tropieza con obstáculos, el querer-alcanzar sexual —la libido, como decimos— vuelve preferentemente a esos lugares de temprana fijación. Por otra parte, el estudio de la sexualidad infantil y sus trasmutaciones hasta llegar a la madurez nos ha proporcionado la clave para entender las llamadas *perversiones sexuales*, que se solían describir siempre con todos los signos de horror requeridos, pero cuya génesis no se era capaz de esclarecer. Todo este campo presenta enorme interés, sólo que a los fines de nuestras charlas no tiene mucho sentido que le cuente más sobre él. Para salir del paso en esto hacen falta, desde luego, conocimientos anatómicos y fisiológicos —que por desgracia no se adquieren todos en la escuela de medicina—, pero es también indispensable cierta familiaridad con la historia de la cultura y la mitología.

«Con todo eso, no puedo formarme ninguna representación de la vida sexual del niño».

Entonces me detendré un poco en el tema; por lo demás, no me resulta fácil apartarme de él. Sepa usted que a mi juicio lo más asombroso de la vida sexual del niño es que recorre su desarrollo íntegro, muy vasto, en los primeros cinco años de vida; desde ahí hasta la pubertad se extiende el llamado *período de latencia*, en el que —normalmente— la sexualidad no hace progreso alguno, sino que, al contrario, las aspiraciones sexuales ceden en intensidad y es resignado y olvidado mucho de lo que el niño ya ejercía o sabía. En ese período de la vida, tras marchitarse el florecimiento temprano de la vida sexual, se configuran aquellas actitudes del yo que, como la vergüenza, el asco, la moralidad, están destinadas a poner freno a la posterior tormenta de la pubertad y a indicar las vías al anhelo sexual de nuevo despierto. Esto, que hemos denominado *acometida en dos tiempos de la vida sexual*, tiene mucho que ver con la génesis de las neurosis. Parece ocurrir sólo en el ser humano, quizás es una de las condiciones del privilegio humano de devenir neurótico. Antes del psicoanálisis, la prehistoria de la vida sexual se había pasado por alto, lo mismo que, en otro campo, el trasfondo de la vida anímica conciente. Usted conjeturará, con acierto, que ambos se coperteneben íntimamente.

Acerca de los contenidos, exteriorizaciones<sup>4</sup> y operaciones de esa época temprana de la sexualidad, habría muchas cosas que informar sobre las cuales no existen expectativas previas. Por ejemplo: usted se asombrará sin duda al enterarse de que el varoncito con harta frecuencia se angustia frente a la posibilidad de ser devorado por el padre. (¿Y no le maravilla también que yo incluya esa angustia entre las exteriorizaciones de la vida sexual?) Pero puedo recordarle el relato mitológico que usted quizá no ha olvidado desde sus años de estudiante: también el dios Cronos devoró a sus hijos. ¡Cuán extraño debió de parecerle ese mito cuando lo conoció por primera vez! Pero creo que ninguno de nosotros reparó en ello en aquella época. Hoy podemos considerar también muchos cuentos tradicionales en que se presenta un animal devorador, como el lobo, y discerniremos en este último un disfraz del padre. Aprovecho esta oportunidad para asegurarle que la mitología y el universo de los cuentos tradicionales sólo se vuelven comprensibles mediante el conocimiento de la vida sexual infantil. He ahí, pues, una conquista de los estudios analíticos.

Su sorpresa no será menor si le digo que el varoncito padece la angustia de que su padre pueda despojarlo de su miembro sexual, a punto tal que esta angustia de castración adquiere la influencia más intensa sobre el desarrollo de su carácter y la decisión de su orientación sexual. También aquí la mitología le infundirá ánimo para creer en el psicoanálisis. El mismo Cronos que devoró a sus hijos había castrado a su padre Urano, y a su vez, en reparación, fue castrado por su hijo Zeus, a quien la astucia de su madre había salvado. Si usted se ha inclinado a suponer que todo lo que el psicoanálisis cuenta acerca de la temprana sexualidad de los niños proviene de la desenfadada fantasía de los analistas, admita al menos que ella ha creado las mismas producciones que la actividad fantaseadora de la humanidad primitiva, de la que mitos y cuentos son el precipitado. La otra concepción, más amistosa y probablemente también más acertada, sería que en la vida anímica del niño se registran todavía hoy los mismos factores arcaicos que en las épocas primitivas rigieron de manera universal la cultura humana. En su desarrollo anímico, el niño repetiría de manera abreviada la historia de las etnias, tal como hace mucho lo ha discernido la embriología respecto del desarrollo corporal.

Otro carácter de la sexualidad de la primera infancia es

<sup>4</sup> [«Äusserungen» en la primera edición; en las siguientes, «Änderungen» {«cambios»}, probablemente una errata.]

que el genuino miembro sexual femenino no desempeña en ella todavía papel alguno, no se ha descubierto aún para el niño. Todo el acento recae sobre el miembro masculino, todo interés se dirige a su presencia o ausencia. Acerca de la vida sexual de la niña pequeña sabemos menos que sobre la del varoncito. Que no nos avergüence esa diferencia; en efecto, incluso la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un *dark continent* {continente negro} para la psicología. Pero hemos discernido que la niña siente pesadamente la falta de un miembro sexual de igual valor que el masculino, se considera inferiorizada por esa falta, y esa «envidia del pene» da origen a toda una serie de reacciones característicamente femeninas.

También es propio del niño investir con interés sexual las dos necesidades excrementicias. La educación impone más tarde una separación tajante, que la práctica de los chistes vuelve a cancelar. Esto puede no parecer muy agradable, pero es sabido que hasta que se instala el asco en el niño pasa todo un período. Por lo demás, ni siquiera lo han desconocido quienes abogan, en otros respectos, por la pureza seráfica del alma infantil.

Ahora bien, no hay hecho que tenga más título para reclamar nuestra atención que este: el niño dirige sus deseos sexuales regularmente a las personas más próximas a él por parentesco, o sea, en primer lugar, a su padre y su madre, y luego a sus hermanos y hermanas. Para el varoncito, la madre es el primer objeto de amor; para la niña, lo es el padre, siempre que una disposición bisexual no favorezca también de manera simultánea la postura {actitud} contraria. El otro progenitor es sentido como un rival estorbo, y no es raro que se lo considere con intensa hostilidad. Entiéndame usted bien: no quiero decir que el niño desee, del progenitor preferido, sólo aquella clase de ternura en que nosotros, los adultos, vemos tan de buen grado la esencia del vínculo padres-hijos. No; el análisis no deja ninguna duda de que los deseos del niño se afanan por alcanzar, más allá de aquella, lo que concebimos como una satisfacción sensual, por cierto que hasta donde llega la capacidad de representación del niño. Es fácil comprender que este nunca colige la verdad efectiva sobre la unión de los sexos, remplazándola por otras representaciones, que él deriva de sus experiencias y sensaciones. Por lo común, sus deseos culminan en el propósito de dar a luz un niño o —de manera indeterminada— engendrarlo. Tampoco el varoncito, en su ignorancia, queda excluido del deseo de dar a luz un niño. A todo este edificio anímico lo llamamos, de acuerdo con la conocida saga griega, *complejo*

*de Edipo*. El proceso normal es que al final de la época del florecimiento sexual se lo abandone, se lo desmonte en todas sus piezas y se lo trasmude; y los resultados de esta mudanza están destinados a producir grandes rendimientos en la posterior vida anímica. Pero por regla general aquello no acontece con el suficiente radicalismo, y la pubertad convoca una reanimación del complejo, que puede traer aparejadas graves consecuencias.

Me asombra que usted todavía guarde silencio. Es difícil que ello signifique aprobación. Cuando el análisis asevera que la primera elección de objeto del niño es —para usar el nombre técnico— *incestuosa*, sin duda vuelve a afrontar los más sagrados sentimientos de la humanidad y debe prepararse a recibir la correspondiente cuota de incredulidad, contradicción e imputaciones. Y en verdad, le han sido deparadas abundantemente. Nada lo ha perjudicado más en el favor de los contemporáneos que la postulación del complejo de Edipo como una formación humana universal, ligada al destino. Por lo demás, el mito griego debe de haber opinado lo mismo, pero la enorme mayoría de los hombres de hoy, doctos e indoctos, prefieren creer que la naturaleza ha instituido un horror innato como protección contra la posibilidad del incesto.

En primer lugar invoquemos en nuestro auxilio a la historia. Cuando Julio César puso el pie en Egipto, halló a la joven reina Cleopatra, que pronto habría de adquirir para él tanta importancia, casada con su hermano Ptolomeo, más joven aún que ella. No era un hecho excepcional en la dinastía egipcia; los Ptolomeos, de origen griego, no habían hecho más que seguir la costumbre practicada desde milenios por sus predecesores, los faraones. Pero no es más que un incesto entre hermanos, que todavía en la actualidad recibe una condena más suave. Acudamos por eso a la mitología, nuestro principal testimonio de las relaciones imperantes en las épocas primordiales. Nos informa que en los mitos de todos los pueblos, y no sólo de los griegos, abundan con profusión los vínculos amorosos entre padre e hija, e incluso entre madre e hijo. La cosmología, así como la genealogía de los linajes reales, están basadas en el incesto. ¿Con qué propósito cree usted que se crearon esos mitos? ¿Para estigmatizar a dioses y reyes como criminales, para atraerles el horror del género humano? Habrá sido, más bien, porque los deseos incestuosos son una herencia arcaica de la humanidad y nunca se superaron por completo, de suerte que los dioses y sus retoños aún tenían permitido cumplirlos cuando la mayoría de los comunes mortales ya había debido renunciar a ellos. En total

armonía con estas enseñanzas de la historia y de la mitología, hallamos presente y activo todavía hoy el deseo incestuoso en la infancia del individuo.

«Podría reprocharle que pretendiese usted mantenerme en reserva todo lo que acaba de decir sobre la sexualidad infantil. Me parece muy interesante, justamente por su relación con la historia humana primordial».

Temía que habría de llevarnos muy lejos de nuestro propósito. Pero quizá tenga su ventaja.

«Ahora dígame, ¿qué certeza puede aducir para sus resultados analíticos sobre la vida sexual de los niños? ¿Su convicción descansa solamente en las coincidencias con la mitología y la historia?».

¡Oh, de ningún modo! Descansa en la observación directa. Ocurrió así: primero habíamos descubierto el contenido de la infancia sexual a partir de los análisis de adultos, vale decir, entre veinte y cuarenta años después. Más tarde emprendimos los análisis en los niños mismos, y no fue un magro triunfo que halláramos corroborado en ellos todo lo que habíamos colegido a pesar de las superposiciones y desfiguraciones del período intermedio.

«¿Cómo? ¿Ha analizado usted niños pequeños, de menos de seis años? ¿Acaso da resultado y no es peligroso para ellos?».

Da muy buen resultado. Es apenas creíble cuán avanzado está ya un niño de cuatro a cinco años. A esa edad, los niños son intelectualmente muy inquietos, la época sexual temprana es para ellos también un período de florecimiento intelectual. Tengo la impresión de que el ingreso en el período de latencia los inhibe asimismo en lo mental, los vuelve más tontos. Además, a partir de ese momento muchos niños pierden su encanto físico. Y por lo que se refiere a los daños del análisis temprano, puedo informarle que el primer niño en quien, hace casi ya veinte años, aventuré ese experimento se ha convertido luego en un joven sano y productivo, que, a pesar de haber sufrido graves traumas psíquicos, ha pasado indemne la pubertad. Cabe esperar que no les irá peor a las otras «víctimas» del análisis temprano. El interés que presentan esos análisis de niños es de diversas clases; es posible que en el futuro cobren mayor importancia todavía. Su valor para la teoría está fuera de cuestión. Proporcionan respuestas indudables sobre problemas que quedaban sin decidir en el análisis de adultos, y así ponen al analista a salvo de errores que habrían sido graves para él. Por añadidura, uno sorprende trabajando a los factores que plasman la neurosis, y no puede ignorarlos. Es verdad que en interés del niño el influjo analí-

tico debe combinarse con medidas pedagógicas. Esta técnica espera todavía su desarrollo. Pero la observación de que un número muy grande de nuestros niños pasa en su desarrollo por una nítida fase neurótica despierta un interés práctico. Ahora que hemos empezado a ver más claro, estamos tentados de decir que la neurosis infantil no es la excepción, sino la regla, como si no se la pudiera evitar en el camino que va desde la disposición infantil hasta la cultura social. En la mayoría de los casos, ese acceso neurótico de la infancia se supera de manera espontánea; empero, ¿no dejará regularmente sus huellas aun en la persona sana en líneas generales? En cambio, en ninguno de los que luego se vuelven neuróticos echamos de menos el anudamiento a la enfermedad infantil, que no necesita haber sido demasiado llamativa en su época. Creo que de modo completamente análogo los internistas aseveran hoy que todo hombre ha pasado por una tuberculosis en algún momento de su niñez. En el caso de las neurosis, desde luego, no cuenta el punto de vista de la vacuna, sino sólo el de la predisposición.

Ahora vuelvo a su pregunta por las certezas. Así pues, la observación analítica directa de los niños ha podido convencernos, de modo enteramente universal, de que habíamos interpretado con corrección las comunicaciones de los adultos acerca de su infancia. Pero en una serie de casos se nos ha posibilitado aún otra clase de corroboración. A partir del material del análisis habíamos reconstruido ciertos otros procesos, acontecimientos impresionantes de la infancia, de los cuales el recuerdo conciente de los enfermos no había conservado nada; y felices casualidades, averiguaciones hechas a los padres y niñeras, nos suministraron luego la prueba irrefutable de que tales episodios por nosotros inferidos habían ocurrido efectivamente así. Desde luego, ello no se conseguía con mucha frecuencia, pero toda vez que se producía, la impresión era avasalladora. Sepa usted que la reconstrucción correcta de esas vivencias infantiles olvidadas siempre tiene un gran efecto terapéutico, admitan o no una corroboración objetiva.<sup>5</sup> Naturalmente, esos episodios deben su valor a la circunstancia de haber sucedido tan temprano, en una época en que todavía podían tener un efecto traumático sobre el yo endeble.

«¿Y de qué índole son esos sucesos descubiertos mediante el análisis?».

De diversas clases. En primer lugar, impresiones capaces de influir en forma permanente sobre la vida sexual germi-

<sup>5</sup> [Cf. «Construcciones en el análisis» (1937*d*).]

nal del niño, tales como observaciones de actos sexuales entre adultos, o experiencias sexuales propias con un adulto u otro niño —sucesos estos no raros—; además, la escucha de conversaciones que el niño entendió en el momento o sólo con posterioridad, de las que creyó extraer información sobre cosas secretas u ominosas {*unheimlich*}; también, exteriorizaciones y acciones del niño mismo, probatorias de una actitud sustancialmente tierna u hostil hacia otras personas. En el análisis tiene particular importancia hacer que se recuerde el quehacer sexual olvidado del niño, así como la intervención de los adultos que le puso fin.

«Esto me permite hacerle una pregunta que hace tiempo quería plantear. ¿En qué consiste el “quehacer sexual” del niño durante ese período temprano que, como usted dice, se había pasado por alto antes del advenimiento del análisis?».

Lo asombroso, sin embargo, es que no se había pasado por alto lo regular y esencial de ese quehacer sexual; bueno: no es tan asombroso, puesto que no se lo podía desconocer. Las mociones sexuales del niño hallan su expresión eminente en la autosatisfacción mediante estimulación de los genitales propios; en realidad, de su parte masculina. La extraordinaria difusión de esta «mala costumbre» infantil fue siempre notoria para los adultos, se la consideraba un grave pecado y se la perseguía con severidad. No me pregunte usted cómo se conciliaba esta observación de las inclinaciones inmorales de los niños —quienes hacen eso, como ellos mismos dicen, porque les gusta— con la teoría de su pureza innata y su ausencia de sensualidad. El esclarecimiento de este enigma queda a cargo de la otra parte. Para nosotros se plantea un problema más importante. ¿Qué conducta debemos adoptar frente al quehacer sexual de la primera infancia? Uno conoce la responsabilidad que asume sofocándola, y sin embargo no se atreve a permitirle sin traba alguna. En pueblos de cultura inferior, y en los estratos más bajos de los pueblos cultos, parece que se deja vía libre a la sexualidad de los niños. Es probable que así se logre una fuerte protección contra la posterior contracción de neurosis individuales, pero ¿no se infligirá al mismo tiempo un extraordinario menoscabo a la aptitud para los rendimientos culturales? Es mucho lo que indica que estamos aquí frente a una nueva Escila y Caribdis.

En cuanto a saber si los intereses incitados por el estudio de la vida sexual en los neuróticos pudieran crear una atmósfera propicia al despertar de la lascivia, me atrevo a dejarlo librado al juicio de usted mismo.

## V

«Creo comprender su propósito. Usted quiere mostrarme qué clase de conocimientos hacen falta para el ejercicio del análisis a fin de que yo pueda juzgar si sólo el médico debe tener derecho a él. Muy bien; hasta aquí lleva expuesto poco de medicina, mucho de psicología y un escorzo de biología y de ciencia de la sexualidad. Pero, ¿acaso hemos arribado ya al final?».

No, por cierto; quedan todavía lagunas por llenar. ¿Puedo pedirle algo? ¿Quiere describirme cómo se representa usted ahora un tratamiento analítico? Imagine que usted mismo debiera emprender uno.

«Bueno. Realmente no tengo el propósito de decidir mediante un experimento de esa clase el problema que debatimos. Pero quiero darle el gusto; la responsabilidad quedará a su cargo. Bien; supongo que el enfermo acude a mí, y se queja de sus males. Le prometo curación o mejoría si obedece mis indicaciones. Le exhorto a decirme con la más cabal sinceridad todo lo que sepa y se le ocurra, y a no dejarse disuadir de ese designio aunque muchas cosas pudieran resultarle desagradables de decir. ¿He tomado buena nota de esa regla?».

Sí; debería agregar: aunque opine que lo que se le ocurre no tiene importancia o es disparatado.

«Eso también. Luego empieza a contarme y yo lo escucho. Bien; ¿y entonces? Por las comunicaciones que me hace, colijo la clase de impresiones, vivencias, mociones de deseo que ha reprimido porque le sobrevinieron en una época en que su yo era todavía endeble y les tuvo miedo, en vez de liquidarlas. Una vez que lo he puesto al corriente de ello, él se pone en las situaciones de entonces y mejora con mi ayuda. Desaparecen así las limitaciones a que su yo fue constreñido, y el enfermo sana. ¿Está bien?».

¡Bravo, bravo! Veo que de nuevo me podrán reprochar que he proporcionado a un no médico la formación del analista. Lo ha asimilado usted muy bien.

«No hice más que repetir lo que usted ha dicho, como cuando uno recita algo aprendido de memoria. Es que no

puedo imaginarme cómo lo haría, y no comprendo por qué ese trabajo insumiría una sesión diaria a lo largo de tantos meses. Por regla general un hombre común no ha vivenciado tantas cosas, y además es probable que lo reprimido en la infancia sea en todos los casos lo mismo».

No obstante, en el ejercicio efectivo del análisis se aprende toda clase de cosas. Por ejemplo: no le resultaría a usted tan sencillo inferir, a partir de las comunicaciones que hace el paciente, las vivencias que ha olvidado, las mociones pulsionales que ha reprimido. Le dirá cualquier cosa que al comienzo tendrá para usted tan poco sentido como para él. Se verá obligado a asir de una manera muy particular el material que el analizado le brinde en obediencia a la regla, como si se tratara de un mineral en bruto del cual ha de extraerse mediante determinados procesos el contenido de metal valioso. Deberá estar preparado para procesar muchas toneladas de mineral que pueden contener muy poco de la sustancia preciosa buscada. Ese sería el primer fundamento de la extensión de la cura.

«¿Cómo procesa usted esa materia prima, para seguir con su símil?».

Adoptando el supuesto de que las comunicaciones y ocurrencias del enfermo sólo son desfiguraciones de lo buscado, por así decir alusiones a partir de las cuales usted tiene que colegir lo que se oculta tras ellas. En una palabra: primero debe usted *interpretar* ese material, se trate de recuerdos, ocurrencias o sueños. Desde luego, la interpretación se hará con referencia a las expectativas que merced a su conocimiento especializado se hayan ido formando en usted mientras escuchaba.

«¡Interpretar! Peliaguda palabra. No me gusta oírla, con ella usted me destruye toda certeza. Si todo depende de mi interpretación, ¿quién me asegura que interpreto correctamente? Todo queda así librado a mi albedrío».

¡Calma! La situación no es tan mala. ¿Por qué excluiría usted a sus propios procesos anímicos de la legalidad que reconoce a los de los otros? Si ha adquirido cierta autodisciplina y dispone de determinados conocimientos, sus interpretaciones no serán influidas por sus cualidades personales y acertarán en lo justo. No digo que para esta parte de la tarea resulte indiferente la personalidad del analista. Cuenta cierta fineza de oído para lo reprimido inconciente, que no todos poseen en igual medida. Y es esto, en especial, lo que impone al analista la obligación de someterse él mismo a un análisis en profundidad a fin de volverse idóneo para una recepción sin prejuicios del material analítico. De todos mo-

dos resta algo, equiparable a la «ecuación personal» en las observaciones astronómicas; ese factor individual siempre desempeñará en el psicoanálisis un papel más importante que en otros campos. Un hombre anormal puede convertirse en un físico correcto, pero como analista su propia anormalidad le impediría aprehender sin deformaciones los cuadros de la vida anímica. Puesto que es imposible probar a alguien su anormalidad, resultará particularmente difícil lograr acuerdo general en las materias de la psicología profunda. Y aun muchos psicólogos opinan que ello es imposible y cada loco tiene igual derecho a presentar su locura como sabiduría. Confieso ser más optimista en ese punto. En efecto, nuestras experiencias nos muestran que también en la psicología pueden alcanzarse acuerdos bastante satisfactorios. En verdad, cada campo de investigación ofrece su particular dificultad, que tenemos que empeñarnos en eliminar. Por lo demás, también en el arte interpretativo del análisis es mucho lo que puede aprenderse como cualquier otro tema del saber. Por ejemplo, lo que se refiere a la peculiar figuración indirecta mediante símbolos.

«No me queda ninguna gana de emprender un tratamiento analítico, ni siquiera en la imaginación. Quién sabe las sorpresas que me esperarían aún».

Hace bien en resignar semejante propósito. Se percató usted de cuánto estudio y práctica se requerirían todavía. Una vez halladas las interpretaciones correctas, se plantea una nueva tarea. Tiene que aguardarse el momento justo para comunicar la interpretación al paciente con probabilidades de éxito.

«¿Cómo se conoce en cada caso el momento justo?».

Es cuestión de un tacto que puede refinarse mediante la experiencia. Cometería usted un grave error si, por ejemplo con el afán de abreviar el análisis, espetara al paciente sus interpretaciones tan pronto como las ha hallado. Así le provocaría exteriorizaciones de resistencia, desautorización, indignación, pero no conseguiría que el yo de él se apoderase de lo reprimido. El precepto es aguardar hasta que él se haya aproximado tanto a lo reprimido que no le haga falta sino dar unos pocos pasos bajo la guía de su propuesta de interpretación.

«Creo que nunca lo aprendería. ¿Y qué pasa después que he obedecido a esos designios en la interpretación?».

Le aguarda a usted un descubrimiento para el que no está preparado.

«¿Cuál sería?».

Que usted se ha engañado acerca de su paciente, pues

no puede contar con su colaboración y obediencia: él está dispuesto a oponer todas las dificultades posibles al trabajo en común. En suma: no quiere sanarse en absoluto.

«¡No! Es lo más disparatado de cuanto me ha referido hasta ahora. Y no lo creo. ¡Que no quiera sanarse el enfermo que sufre tanto, que se queja de sus males de manera tan conmovedora y hace tantos sacrificios en aras del tratamiento! Sin duda no es eso lo que usted ha pretendido decir».

Sosíéguese; justamente eso pretendo decir. Y es la verdad; por cierto que no toda, pero sí una parte muy considerable de ella. El enfermo quiere, sí, sanarse, pero también no lo quiere. Su yo ha perdido su unidad, y por eso tampoco da paso a una voluntad unitaria. Si fuera de otro modo, no sería un neurótico.

«“Si yo fuera juicioso, no me llamaría Tell”».<sup>1</sup>

Los retoños de lo reprimido han irrumpido en su yo; allí se afirman, y el yo tiene tan poco imperio sobre las aspiraciones de ese origen como sobre lo reprimido mismo; además, de ordinario no sabe nada de ellas. Estos enfermos son justamente de una clase particular, y ofrecen dificultades con las que no estamos habituados a contar. Todas nuestras instituciones sociales están cortadas a la medida de personas con un yo normal, unitario, que uno puede clasificar como bueno o malo, y que desempeña su función o puede ser revocado mediante un influjo potente. De ahí la alternativa judicial: responsable o irresponsable. Pero ninguna de estas decisiones es aplicable al neurótico. Debe admitirse que es difícil adecuar los requerimientos sociales a su estado psicológico. Se lo ha podido experimentar en gran escala durante la última guerra. Los neuróticos que se sustraían del servicio, ¿eran o no simuladores? Las dos cosas. Cuando se los trataba como simuladores y se les hacía muy incómoda su condición de enfermos, sanaban; cuando se enviaba al servicio a los presuntamente restablecidos, pronto volvían a refugiarse en la enfermedad. No se atinaba a nada con ellos. Y lo mismo vale para los neuróticos de la vida civil. Se quejan de su enfermedad, pero la aprovechan en la medida de sus fuerzas; y si uno pretende quitársela, la protegen como la leona del proverbio a sus cachorros, sin que tenga sentido alguno reprocharles esa contradicción.

«Pero entonces, ¿no sería mejor no tratar a esta gente difícil, sino dejarla librada a sí misma? No puedo creer que merezca la pena gastar en cada una de estas personas todo

<sup>1</sup> [Schiller, *Guillermo Tell*, acto III, escena 3.]

el empeño que, según sus indicaciones, debo suponer que se requiere».

No puedo aprobar su propuesta. Es sin duda más correcto aceptar las complicaciones de la vida en vez de revolverse contra ellas. No todos los neuróticos a quienes tratamos merecen el gasto del análisis; empero, hay también entre ellos personas muy valiosas. Tenemos que ponernos como meta lograr que el menor número posible de individuos se vea obligado a enfrentar la vida cultural con un armamento anímico tan deficiente, y para ello debemos reunir muchas experiencias, aprender mucho. Cada análisis puede ser instructivo, aportarnos la ganancia de nuevos esclarecimientos, prescindiendo por entero del valor personal de los enfermos individuales.

«Pero si en el yo del enfermo se ha formado una moción voluntaria de conservar la enfermedad, es preciso que invoque razones y motivos, que pueda justificarse mediante algo. Ahora bien, no se echa de ver para qué querría un hombre estar enfermo, qué obtiene así».

Sin embargo, la respuesta no está muy lejos. Piense en los neuróticos de guerra, que no necesitan prestar servicio alguno porque están enfermos. En la vida civil, la enfermedad puede ser usada como protección para disimular la propia insuficiencia en el trabajo profesional y en la competencia con otros; en la familia, como medio para constreñir a los demás a hacer sacrificios y dar pruebas de amor, o para imponerles su voluntad. Todo eso se sitúa bastante en la superficie; lo resumimos como «ganancia de la enfermedad». Ahora bien, lo asombroso es que el enfermo, su yo, nada sepa del íntegro encadenamiento entre esos motivos y sus consiguientes acciones. El modo de combatir el influjo de esas aspiraciones es obligar al yo a tomar noticia de ellas. Empero, hay todavía otros motivos, situados más en lo profundo, para aferrarse a la condición de enfermo; y no es tan fácil habérselas con ellos. Pero no se puede comprenderlos sin una nueva excursión por la teoría psicológica.

«Cuenta, cuenta usted; ahora no puede molestarnos otro poquito de teoría».

Cuando le expuse el nexo entre el yo y el ello, le escamoteé una pieza importante de la doctrina del aparato anímico: nos vimos compelidos a suponer que dentro del yo mismo se ha diferenciado una instancia particular que llamamos el *superyó*. Este *superyó* tiene una posición especial entre el yo y el ello. Pertenece al yo, comparte su elevada organización psicológica, pero mantiene un vínculo muy íntimo con el ello. Es en realidad el precipitado de las primeras

inversiones de objeto del ello, el heredero del complejo de Edipo tras su liquidación {*Auflassung*}. Este superyó puede contraponerse al yo, tratarlo como a un objeto, y a menudo le da un trato hartamente duro. Para el yo no es menos importante mantenerse avenido con el superyó que con el ello. Las desavenencias entre el yo y el superyó tienen una gran significatividad para la vida anímica. Ya colige usted que el superyó es el portador de aquel fenómeno que llamamos «conciencia moral». Interesa mucho para la salud anímica que el superyó se haya conformado de manera normal, o sea, que haya devenido lo suficientemente impersonal. Es lo que no ha ocurrido en el caso del neurótico, cuyo complejo de Edipo no experimentó la transmutación correcta. Su superyó sigue contraponiéndose siempre a su yo como el padre severo al hijo, y su moralidad se afirma de manera primitiva: el yo se hace castigar por el superyó. La enfermedad es utilizada como un medio de ese «autocastigo»; el neurótico se ve forzado a comportarse como si lo gobernara un sentimiento de culpa que, para satisfacerse, precisara de la enfermedad en calidad de castigo.

«Esto suena realmente muy misterioso. Ahí lo más asombroso es que tampoco este poder de su conciencia moral esté destinado a llegar a la conciencia del enfermo».

Es verdad; sólo ahora estamos empezando a apreciar el valor de estas importantes constelaciones. Por eso mi exposición no podría menos que ser oscura. Ahora puedo proseguir. Llamamos «resistencias» del enfermo a todas las fuerzas que se oponen al trabajo de curación. La ganancia de la enfermedad es la fuente de una resistencia así; el «sentimiento inconsciente de culpa» representa {*repräsentieren*} la *resistencia del superyó*, y es el factor más importante y más temido por nosotros. En la cura tropezamos aún con otras resistencias. Si en la primera infancia el yo emprendió una represión por angustia, esta última subsiste y luego se exterioriza como una resistencia toda vez que el yo ha de aproximarse a lo reprimido. Finalmente, cabe imaginar que las cosas no dejarán de ofrecer dificultades si un proceso pulsional que durante decenios ha andado por cierto camino debe de pronto marchar por uno nuevo que se le ha abierto. Podría llamarse a esta la *resistencia del ello*. La lucha contra todas esas resistencias constituye nuestro principal trabajo en el curso de la cura analítica; comparada con ella, la tarea de las interpretaciones no es nada. Pues bien, mediante esta lucha y la superación de las resistencias, el yo del enfermo resulta tan alterado y fortalecido que podemos estar tranquilos respecto de su conducta futura luego de acabada

la cura. Por otra parte, ahora comprende usted para qué necesitamos de un tratamiento tan largo. No son lo decisivo la longitud del camino de desarrollo ni la riqueza del material. Interesa más que el camino esté expedito. En un trayecto que en épocas de paz se atraviesa en dos horas de ferrocarril, un ejército puede demorar semanas si tiene que superar ahí la resistencia del enemigo. Tales luchas requieren tiempo también en la vida anímica. Y por desdicha tengo que dejar constancia de que todos los empeños por apresurar sustancialmente la cura analítica han fracasado hasta hoy. El mejor camino para abreviarla parece ser el de su correcta realización.

«Si en algún momento hubiera sentido ganas de hacerle la competencia e intentar yo mismo un análisis en otra persona, lo que usted me ha comunicado acerca de las resistencias me las habría quitado. Pero, ¿qué hay de aquel particular influjo personal que usted por cierto reconoció? ¿No puede nada contra las resistencias?».

Está bien que me pregunte eso ahora. Tal influjo personal es nuestra más poderosa arma dinámica, es lo nuevo que introducimos en la situación y aquello mediante lo cual la fluidificamos. El peso intelectual de nuestros esclarecimientos no puede conseguirlo, pues el enfermo, que comparte todos los prejuicios de su medio, no tiene por qué darnos más crédito que nuestros críticos científicos. El neurótico se pone a trabajar porque presta crédito al analista, y le cree porque adopta una particular actitud afectiva hacia la persona del analista. También el niño cree sólo a las personas de quienes depende. Ya le he dicho a usted [pág. 177] para qué usamos ese influjo «sugestivo» particularmente grande. No para la sofocación de los síntomas —es lo que distingue al método analítico de otros procedimientos psicoterapéuticos—, sino como fuerza pulsional para mover al yo del enfermo a superar sus resistencias.

«Y cuando esto se logra, ¿no marcha todo sin tropiezos?».

Así debería ser. Pero surge una complicación inesperada. Quizá fue la máxima sorpresa para el analista que el vínculo de sentimientos que el enfermo entabla con él resultara de una naturaleza peculiarísima. Ya el primer médico que intentó un análisis —no fui yo— tropezó con este fenómeno... y quedó desconcertado frente a él. En efecto, ese vínculo afectivo posee —para enunciarlo con claridad— la naturaleza de un enamoramiento. Asombroso, ¿no es verdad? Sobre todo si usted considera que el analista no hace nada para provocarlo, sino que, al contrario, tiende a mantenerse humanamente lejos del paciente, a rodear su persona

de cierta reserva. Y más todavía si usted se entera de que ese raro vínculo amoroso prescinde de todos los otros alicientes reales, no hace caso de las variaciones del atractivo personal, de la edad, el sexo y la condición social. Ese amor es directamente *compulsivo*. No quiero decir que este carácter deba ser de ordinario ajeno al enamoramiento espontáneo. Usted sabe que lo contrario sucede con mucha frecuencia, pero en la situación analítica se produce con total regularidad, sin que encuentre en ella una explicación acorde a la *ratio*. Se creería que de la relación del paciente con el analista no tendría por qué resultar para el primero más que cierto grado de respeto, confianza, agradecimiento y simpatía humana. Y, en cambio, tenemos este enamoramiento, que hasta produce la impresión de un fenómeno patológico.

«No obstante, yo creería que favorece los propósitos analíticos de usted. Cuando se ama se es obediente y se hace todo lo posible por amor de la otra parte».

Sí, al comienzo hasta es favorable, pero luego, cuando ese enamoramiento se ha ahondado, sale a la luz su naturaleza íntegra, en la que hay muchas cosas inconciliables con la tarea del análisis. El amor del paciente no se conforma con obedecer; se vuelve exigente, pide satisfacciones tiernas y sensuales; reclama exclusividad, desarrolla celos y muestra de manera cada vez más nítida su otra cara, la prontitud para la hostilidad y la venganza cuando no puede alcanzar sus propósitos. Al mismo tiempo, como todo enamoramiento, esfuerza hacia atrás los demás contenidos anímicos, extingue el interés por la cura y por el restablecimiento; en suma: no podemos dudar de que ha remplazado a la neurosis y nuestro trabajo ha tenido por resultado suplantarse una forma de enfermedad por otra.

«Parece no haber esperanzas. ¿Qué hacer? Habría que abandonar el análisis. Pero si, como usted dice, ese resultado sobreviene en todos los casos, no sería posible llevar a cabo análisis alguno».

Lo primero que haremos será aprovechar la situación para aprender de ella. Lo así obtenido acaso nos ayude a gobernarla. ¿No es sumamente notable que consigamos mudar una neurosis, cualquiera que sea su contenido, en un estado de enamoramiento patológico?

Esta experiencia no puede menos que conferir incommovible solidez a nuestro convencimiento de que en la base de la neurosis hay un fragmento de vida amorosa que recibe un empleo anormal. Con esta intelección volvemos a pisar en firme, y ahora nos atrevemos a tomar como objeto del análisis a ese mismo enamoramiento. También hacemos otra

observación. No en todos los casos el enamoramiento analítico se exterioriza de manera tan clara y flagrante como he intentado pintarlo. Ahora bien, ¿por qué no sucede esto último? Pronto se lo entienda. En la misma medida en que quieren mostrarse los aspectos plenamente sensuales y los hostiles de su enamoramiento, despierta la resistencia del paciente frente a ellos. Los combate, procura reprimirlos ante nuestra vista. Y ahora comprendemos el proceso. El paciente *repite* en la forma de su enamoramiento del analista vivencias anímicas por las que ya pasó una vez; ha *trasferido* sobre el analista actitudes anímicas que estaban prontas en él y se hallaban íntimamente enlazadas con la génesis de su neurosis. Repite entonces ante nuestros ojos las acciones defensivas de entonces; lo que más prefiere sería repetir en su relación con el analista todos los destinos de aquellos períodos olvidados de su vida. Entonces, lo que nos muestra es el núcleo de su historia vital íntima; *lo reproduce de manera palpable, como algo presente, en vez de recordarlo*. Con ello queda resuelto el enigma del amor de transferencia, y el análisis puede proseguir, justamente con ayuda de la nueva situación que pareció tan amenazadora para él.

«Esto es sutil. ¿Y el enfermo le cree tan fácilmente que no está enamorado, sino sólo compelido a poner de nuevo en escena {*aufführen*} una antigua pieza?».

Todo se pone en juego en este punto, y que se lo alcance depende de la cabal destreza en el manejo de la «transferencia». Como usted ve, es este el lugar donde llegan al máximo los requerimientos que se le plantean a la técnica analítica. Aquí es posible cometer los más graves errores o asegurarse los mayores éxitos. Sería disparatado el intento de sustraerse de las dificultades sofocando o descuidando la transferencia; no merecería el nombre de análisis, no importa cuánto se haya hecho antes. Despachar al enfermo tan pronto aparecen las cosas desagradables de su neurosis de transferencia no sería juicioso y, además, sería cobarde: más o menos como si uno hubiera convocado a los espíritus y luego saliera disparado al presentarse estos. Es cierto que en la realidad no se puede muchas veces hacer otra cosa; hay casos en que uno no puede dominar la transferencia desencadenada y tiene que interrumpir el análisis, pero al menos debe trabar combate, en la medida de sus fuerzas, contra los malos espíritus. Ceder a los reclamos de la transferencia, cumplir los deseos del paciente de una satisfacción tierna y sensual, no sólo es prohibido por legítimas consideraciones morales, sino que resulta por completo insuficiente como medio técnico para el logro del propósito analítico. El neu-

rótico no puede sanar si uno le posibilita repetir sin corrección ninguna un clisé inconciente ya preparado en él. Y si uno se deja llevar a compromisos con él, ofreciéndole satisfacciones parciales a cambio de su ulterior colaboración en el análisis, tiene que tener cuidado para no caer en la risible situación del sacerdote que debe convertir al agente de seguros enfermo. El enfermo sigue sin convertirse, pero el sacerdote termina asegurado. La única salida posible de la situación de la trasferencia es la reconducción al pasado del enfermo, tal como él lo vivenció efectivamente o lo plasmó mediante la actividad cumplidora de deseo de su fantasía. Y esto exige del analista mucha destreza, paciencia, calma y autosacrificio.

«Y en su opinión, ¿dónde ha vivenciado el neurótico el arquetipo de su amor de trasferencia?».

En su infancia, por lo general en el vínculo con uno de sus progenitores. Recuerde usted la importancia que nos vimos llevados a atribuir a estos primerísimos vínculos de sentimiento. Aquí, pues, se cierra el círculo.

«¿Ha terminado usted por fin? Estoy un poquito confundido ante la plétora de lo que usted me ha comunicado. Dígame una última cosa: ¿cómo y dónde se aprende lo necesario para el ejercicio del análisis?».

Por ahora existen dos institutos donde se imparte instrucción en el psicoanálisis. El primero se encuentra en Berlín, creado por Max Eitingon, de la asociación local. El segundo es costeadado con sus propios recursos, y mediante considerables sacrificios, por la Sociedad Psicoanalítica de Viena. La participación de las autoridades públicas se limita por ahora a las múltiples dificultades que oponen a esas jóvenes empresas. Un tercer instituto didáctico debe inaugurarse por estos días en Londres, creado por la asociación local bajo la dirección del doctor Ernest Jones. En esos institutos los candidatos mismos son analizados, reciben instrucción teórica mediante lecciones en todos los temas importantes para ellos, y gozan del auxilio de un analista más antiguo y experimentado cuando se les permite hacer sus primeros intentos en casos leves. Se calcula que esa formación lleva unos dos años. Desde luego, aun transcurrido ese tiempo se es sólo un principiante, no un maestro todavía. Lo que falta debe adquirirse por medio de la práctica y del intercambio de ideas dentro de las sociedades psicoanalíticas, donde los miembros más jóvenes se encuentran con los mayores. La preparación para la actividad analítica no es nada fácil ni simple, el trabajo es duro y grande la responsabilidad. Pero una vez que se ha pasado por esa instrucción, que uno mismo ha

sido analizado, ha averiguado de la psicología de lo inconciente lo que hoy puede saberse, conoce la ciencia de la vida sexual y ha aprendido la difícil técnica del psicoanálisis, el arte de la interpretación, el combate de las resistencias y el manejo de la transferencia, *ya no es un lego en el campo del psicoanálisis*. Está habilitado para emprender el tratamiento de perturbaciones neuróticas y con el tiempo podrá conseguir todo lo que puede exigirse de esta terapia.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> [Gran parte del contenido de este capítulo fue tomada, en algunos pasajes casi textualmente, de los trabajos anteriores de Freud sobre técnica psicoanalítica (*AE*, **12**).]